



Primera edición

Eiya.
**La imaginación
tiene alas**

Antología de cuentos

Susana Navarro
(compiladora)



EDITORIAL
DIGITAL
TECNOLÓGICO DE MONTERREY

1. Cuentos

- 1.1 Amapola clandestina. Por Rosa María Soto.....7
- 1.2 Despistado. Por Ana Luisa Ortega.....17
- 1.3 El hombre que no existía. Por Francisco José Rodríguez
Puente González.....21
- 1.4 Llamada en la mañana. Por Enna Beatriz Félix.....24
- 1.5 23 minutos. Por Luis Rubén Murillo.....27
- 1.6 Para Sara. Por José Carlos García.....30
- 1.7 Querido Diego. Por Paula Encinas.....33
- 1.8 Alejandro. Por Gabriela Villa.....36
- 1.9 Quién lo diría. Por Rolando López.....42
- 1.10 Nanita. Por Agueda J. Ayala Llanez.....46
- 1.11 Muerto en alma. Por Miguel Ramos Rascón.....49
- 1.12 Tiempo a tu lado. Por Rosa María Soto.....58
- 1.13 Un mundo tan sencillo. Por Jun Obana Sameshima.....65
- 1.14 La sexta gota derramada. Por Susana Navarro.....69

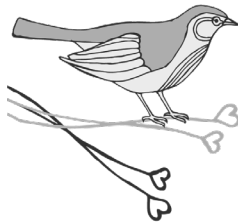
2. Poemario

- 2.1 Sentimientos de medianoche. Por Natalia Esqueda Haros.....73

Bienvenida

Eiya es un vocablo en lengua yaqui que significa “imaginación”. La presente antología está compuesta de catorce cuentos y un poemario creados por alumnos y maestros del Tecnológico de Monterrey, Campus Obregón. Este compendio rescata las creaciones literarias de quienes participaron en los concursos de Creación Literaria del Tecnológico de Monterrey, desde 2013 hasta 2018.

Susana Navarro (compiladora)
Tecnológico de Monterrey, Campus Obregón
Incubadora de relatos.
Centro de apoyo para la escritura creativa
Proyecto Novus 2018



1.1. Amapola clandestina

Rosa María Soto, 2017

Ojeras, trastornos alimenticios y cambios emocionales repentinos

Ya es demasiado tarde, la luz de mi ventana imaginaria rebota en mis ojos. Mi desayuno aún no está listo y yo necesito descansar eternamente.

Uno no decide de quién enamorarse, quién debe obtener más de ti y quién no. No esperas que cualquier persona se interponga en tu camino, alce su mano y la detenga para frenarte bruscamente y hacerte sufrir. Sufrir de pasión y desesperanza. Es como si un reloj de arena estuviese hecho de piedras, sin ningún movimiento de gravedad, increíble y a la vez terriblemente estático. Jamás imaginé que alguien produciría un sentimiento tan profundo, que me haría caer de un abismo hacia sus brazos cada día, cada noche, cada hora y cada minuto. Me era sencillamente imposible creer en los cuentos de hadas, sentía como si mi corazón estuviera envuelto en cueros curados, totalmente firmes y adheridos por grapas de acero; ya había sido lastimado infinitas veces, y tú no fuiste la excepción. Llegaste a mi vida con un solo propósito, el hacerme la mujer más feliz pero la más triste al mismo tiempo.

Por un momento pretendí que mis emociones no me traicionarían y por primera vez elegirían a la persona correcta. Pero este fue mi crucial error, el creer. Nunca debí suponer que tú serías un caso opuesto al resto o que tendría algún tipo de oportunidad en ser feliz al lado tuyo. Estaba totalmente cegada por tus afinidades, tenías esa forma de percibir el mundo, eras igual que yo. Los mismos gustos, las mismas pasiones. Me parecía imposible que hayas sosegado mi camino, existiendo miles de sujetos que podrían ser tú, pero simplemente eras tú el que me provocaba deseos, el que me hacía

recordarme de los buenos momentos, con el que podía ser yo misma. Trataba de llamar tu atención, de sonreírte cada que te miraba, impresionarte con mis conocimientos; realmente quería que me voltearas a ver, que platicaras conmigo y no solamente sobre la clase, sino de nosotros. De ti.

Eras excesivamente misterioso, no hubo un solo día en el que dijeras un solo verso sobre tu vida privada al grupo y, supongo, que ese era tu objetivo; mantenerla privada. Aunque esto me resultaba bastante fastidioso e insopportable, yo necesitaba saber quién eras, de qué persona era de la que mi corazón sentía temores. Cuál era tu música favorita, cuál era tu película favorita, si te gustaba bailar, si eras divertido o aburrido; en fin. Miles de preguntas sin ninguna sola respuesta.

Sinceramente tu apariencia me parecía un tanto monótona, eras muy clásico, y eso lo amaba, pero mis pensamientos se basaban más en tu desnudes. En tu piel fundida con la mía, en nuestros sudores mezclados, en mis gritos y los tuyos siguiéndome, como una orquesta cubierta de prohibido y doloroso amor. Eras mis sueños, mis siestas, mis tardes y mis mañanas. ¿Estabas ahí? Fueron pocas las veces en que no te sentía recorriendo mi interior. Me causabas demasiadas náuseas, y eso era porque me desagradabas. Es horrible estar pensando en una sola persona cada segundo de tu vida y, a la vez, tener ese estúpido sentimiento de no querer pensar en otra cosa más que exactamente en esa persona. Me detenías, como si tuviera un millón de cadenas enredadas y tú las jalaras hacía el infierno. Me quemaba y tú no hacías nada. Probablemente te gustaba verme arder o neciamente ni siquiera te dabas cuenta que yo moría lentamente por ti.

Mi mundo fue amargado, tenía tantos problemas aparte de ti, era similar a un movimiento de traslación que no giraba en torno al Sol, sino a mi vida turbia. Quería llorar, quería desgarrar mi alma, hacerla pedazos y tirarla por un barranco. Y en esos momentos fue que apareciste justo enfrente de mí, haciéndote pasar por un gentil maestro. Estabas confundido, y tú me confundías aún más, ¿de qué forma? Tu presencia ya estaba convirtiéndome en un laberinto sin salida.

Ansiedad, manos temblorosas y sudor en la frente

Mi primer día de clases, nuevos compañeros, nuevos maestros. Ya me había acostumbrado a eso. Toda mi vida estudié en escuelas en las que no conocía a nadie, así que no fue difícil hacerme a la idea de volver a iniciar. Pasó una clase, después otra y así hasta llegar a la tuya. Me era demasiado emocionante, puesto que tu asignación era mi favorita. Ya tenía en mente quien eras tú, y que tú figurarías en mi nuevo horario, pero en ningún momento le tomé importancia, eras un profesor totalmente normal, con el cual tendría una relación común de alumna-profesor. Me bastaron unos cuantos días para darme cuenta del grado de equivocación que tenía al emanar esas agitaciones de mi cabeza.

Al principio te consideré un tanto, o más bien, bastante molesto, de hecho, me sentí tan decepcionada que mi materia preferida me la impartiera alguien tan insignificante como tú. Intenté relajarme y ver el lado bueno de las cosas, sería una estudiante más independiente, tendría que buscar información por mi cuenta y poner toda la atención que pudiera en tu clase. Aunque sentía que el sueño y aburrimiento que me daban tus explicaciones interrumpirían mis metas.

Me miraste inconscientemente, levantaste tu ceja y solo suspiraste. Me intimidaste y agaché mi cabeza. Creí que tus regaños ahorcaban mi frenesí.

Sostuviste un segundo de malas caras, y yo simplemente cerré mi boca. Parecía que no fue la mejor manera de iniciar el curso.

En la siguiente clase traté de hacer todo lo que ya mencioné, me senté justo frente a ti, recargué mi barbilla sobre mi mano derecha y crucé mi pierna. Volteaste a verme sintiéndote superior, pero a la vez querías ser simpático. Empezaste tu terrible sermón, y con mi ceño fruncido te observé detenidamente; imaginaba seis meses enteros teniendo que resistir lo hipócrita de nuestra chocante relación.

De repente mis expresiones de desagrado se esfumaron, fueron segundos en los que me quedé repartiendo mi mirada por todo tu semblante, pero al mismo tiempo veía tu interior. Intentaba asimilar tu mente y me resigné. Desperté de un sueño profundo parecido a una hipnosis, traté de despabilarme y seguir poniendo atención a la clase; entendí de una forma diferente tus palabras, súbitamente me conquistaste, no podía dejar de mirar como movías

tus manos y cómo gesticulabas para ilustrarnos tu punto de vista acerca del cuerpo humano. Sentí una especie de escalofrío corriendo por mi espalda, algo que definitivamente no era normal. ¿Un nuevo sentimiento?, ¿qué sucede conmigo? Aún no tenía claro que pretendía dar a conocer mi mente o mi corazón. Fue demasiado incómodo, realmente fue repugnante. La tarde entera pensé en lo mismo, trataba de descifrar qué era y, por un instante, pasó un fugaz pasaje por mi percepción en el que me miraba sintiendo algo más que admiración hacia ti; pero no podía permitir eso, era irreversiblemente estúpido, inhumano y asqueroso, completamente un error.

Despertaba y eras lo único que rondaba mi instinto, creí que era más bien fiebre. Sentía cómo mi temperatura subía miles de grados, pero a la vez si tocaba algo se congelaba inmediatamente, no podía digerirlo, estaba en un colapso total. Debí darme cuenta de lo inútil que sería continuar con esta condena. Fui demasiado soñadora, inventaba gritos silenciosos de auxilio, me hacías encontrarme en una línea delgada entre el bien y el mal, eras algo literalmente extraordinario. Me fascinabas tanto, que mis recuerdos de moral se desangraban.

No hablábamos ni minutos, según tú eras amable conmigo y según yo también lo era contigo. Nos reíamos el poco tiempo que compartíamos juntos. Te observaba y mis mejillas se tornaban de un tono carmín. Sé que lo percibías, pero era difícil para ti aceptarlo. No querías darte cuenta de la magia de tus encantos, pero en el fondo, un destello de agri dulce tormento movía tu nerviosismo.

En esos momentos quería tocarte, manipularte de arriba hacia abajo, contar cada lunar y cada peca de tu piel, saborear profundamente tu sentir, entrelazar tus nudillos con los míos, morder fuertemente tu melancolía y pasar días enteros recostada en tu regazo. Quería que me bautizaras como tu musa y sintieras que yo era tu mayor inspiración. Cambiabas todos mis sentidos.

Sensibilidad, abstinencia y rigidez

Jamás creí en el amor, decía que solo era lujuria con celos y que lo demás eran sandeces. Probablemente solo era negación hacia lo evidente, aunque sigo pensando que el amor es como una bomba de tiempo, que cuando

explota, termina ocasionando una serie de sucesos desafortunados. Específicamente tú eras mi consecuencia.

Las personas de mis alrededores pensaban que esto sería pasajero. ¿Cuántas veces no hemos escuchado que un alumno se enamora de su profesor? Es bastante inocente y divertido, pero créeme que cuando se trata de algo meticulosamente fuerte, no es para nada agradable, y se ponía peor al paso del tiempo, en esta ocasión en lugar de curarme me enfermaba imparablemente.

Mis amigas y yo bromeábamos sobre ti, nos burlábamos de mis sentimientos absurdos, a veces pienso que nunca le tomaron tanta importancia, era solo un pasatiempo que teníamos el hablar de ti. A ellas les causabas risa, y a mí también hasta cierto punto, pero más bien era risa de impulsos, de no saber cómo reaccionar a dicha situación.

Tenía que hacerme a la idea, solamente sería una admiración que podía compartir conmigo misma, no sabía si tal vez ya tendrías alguien a quien amar, tal vez estabas comprometido, casado, o peor, tal vez ya tendrías una familia a la cual adorar. Estas especulaciones hacían que mi cerebro irradiase chispas, me encolerizaba recordar este escenario. Nada más quería ser tuya, quería que tus dóciles manos acariciasen mi rostro, que nos convirtiéramos en uno solo.

Tanto dentro de mí y tan poco lo que mostraba, intentaba aparentar ser una alumna cualquiera en tu clase, a veces no soportaba las ganas de decirte lo que concebía, pero mi conciencia aún se esforzaba. Para mí, era mejor transmitir prudencia para que no pensaras que mi mente desequilibrada no era suficientemente normal, o puramente no quería incomodarte. Me hablabas, pronunciabas mi nombre al tomar lista, te dirigías a mí tan formalmente, con demasiada clase. Debo admitir que esto me excitaba. Cada que te observaba y tú me devolvías las miradas percibía que mis pupilas se dilataban tanto que competían con dos lunas nuevas; brillantes y lúcidas. Estas originaban desastres naturales dentro de mi mundo. Eran tan enérgicas que creaban maremotos en mi corazón, maremotos que me ahogaban y me hundían al fondo de tu esencia.

Palidez, mareos y semillas de amapola

Siempre tuve un gran apego hacia tu materia, recuerdo siempre haber sido la mejor, mis calificaciones sobresalían y ni siquiera me esforzaba. Tengo una admiración por la vida, por lo natural y por lo sobrenatural. Amo los océanos y los bosques, los árboles y los pinos frondosos y verdes. Indudablemente magníficos. Pero mi debilidad se inclina por las flores, especialmente las amapolas, son tan sublimes y exquisitas por fuera. Enloquecen a cualquiera. Pero por dentro poseen un veneno repulsivamente adictivo, que mataría a un fanático empedernido. Exactamente tú eras un pedazo de opio en mi vida, tenía claramente el horrible daño que provocabas y rechazando cada peligro que emanabas, te fumé tanto en mi alma, que me asesinate de una sobredosis.

Volteé hacia arriba, miré como mi espíritu se desprendía de mi cuerpo. Me elevaba velozmente. Alcancé a distinguir cada martirio que dejaste sobre mí, lloré como una niña al quitarle su chupete. Trataba de pelar la piel de mi cara, pero mis manos la rompían como humo sin leña. Me convertí en una nube enamorada. Mis lágrimas escurrían como gotas de lluvia, pero ni al ver la catástrofe que producías dejabas de atravesarme con tu sátira daga.

Demencia, alucinación y falta de percepción

Al observarme tan frágil recurrí a lo degradante, te busqué y te encontré pasmado, trabajando arduamente, como siempre solías hacerlo, escribiendo en un pedazo de papel. Iba increíblemente decidida a arrojarte cada palabra de mi agonía.

No sabía si comparar tu sequía con la de un desierto era lo suficiente justo para el ecosistema y tampoco sabía si comparar lo estúpida que me vi, era suficientemente justo al igual que tratar de secarme con un balde de agua.

No entendía por qué nunca te había dirigido la palabra, solo hablábamos lo necesario y no tuve las agallas para contradecir lo típico de nuestras conversaciones. Ensayaba cada letra y cada sonido que desencadenaría mi lengua, no quería volver a cometer errores al encaminarme hacia ti, pero tal parece que entre más intentaba dar lo mejor de mí, al mismo tiempo se

ceñían todas mis esperanzas. Me frustré y lo dejé de lado, pero sabía que en cualquier momento mis inclinaciones causarían un vómito verbal.

Se acercaba nuestra hora y mi lucidez ya empezaba a realizar cortos circuitos, no sabía de qué forma nos compaginaríamos. Tenía miles de atmosferas que podrían ocurrir. Tal vez si te preguntaba lo más obvio la imagen que te plasmarías sobre mí sería íntegramente infantil e inmadura. Pero no quería darme a conocer como una sabelotodo, se suponía que para eso asistiría a tus asesorías. No debía saber demás. Vaya teorías que me acorralaban.

Mientras aguardaba por tu llegada, comencé a reflexionar aleatoriamente, inicié un almacenamiento de ideas erróneas, ¿era una copa de vino añejado o simplemente se trataba de un vaso de agua de grifo? ¿Era una onza de heroína o una píldora analgésica? Contuve la respiración, mantuve aire puro algunos segundos, después lo solté, ya estaba contaminado de dementes enredaderas. Lo único que exigía era una pequeña ceniza de tu suspiro, no pedía demasiado, pero los atrevimientos de mis bestias hacían que pareciesen inmortales peticiones.

De repente llegaste y mientras transcurría tu aparición, esperé a que te prepararás para vaciar tus ciencias sobre mí. Veía sutilmente tus conmociones. Alcancé a percibir una marca en tu mejilla izquierda. Me di cuenta que tus dientes estaban chuecos y que al sonreír salían a la luz dos lindos hoyuelos al lado de tu boca. Para mí esos desperfectos se convertían en lo más bello que había visto. Tus manos eran tan grandes y ásperas, las observé mientras tecleabas algo en tu computadora. Me clavaba imaginándolas tocando mi vientre bajo, recorriendo mi cintura y subiéndolas hasta llegar a mis pómulos. Expedían un olor a sensualidad.

Más de una década de diferencia, treinta años de experiencias y vivencias compitiendo con diecisiete años de fiestas e inmadurez. Encerraba tus poderes celestiales en un baúl de recuerdos vedados, asegurado por un candado de drogas alucinógenas que solo tú tendrías la dicha abrir.

¿Cuántas mujeres habrían caído rendidas a tus pies antes que yo? Probablemente fueron muchas, o tal vez pocas, solo tú lo sabes. ¿A cuántas de ellas les rompiste el corazón? ¿Yo sería parte de tu lista de las más o menos

desafortunadas? Enigmas y más enigmas que te rodeaban. Ahora sé la respuesta. ¿Pero por qué no me lo hiciste saber antes de que mi valentía cortara los débiles hilos de mi transparente voluntad?

Te levantaste de tu silla y te acercaste a mí.

Delirio, gritos y labios resecos

Mi piel olía a tu deseo. Lo terso de tus mordidas me sabían a pétalos frescos. El día en la noche y la noche en el día, nuestros cuerpos estaban cansados y adoloridos. Me gustaba verme en el espejo vistiendo tu camisa y como tus ojos se mantenían cerrados en el amanecer. Cuando toqué tu pelo despertaste y realmente sentí mi más grande temor.

Contemplaba detalladamente cada movimiento producido por miles de partículas rodeadas de lubricidad, que cubrían tus esclarecimientos. Mi cuello se entumecía de tan rígido que lo mantenía mientras pasaban los minutos de tu definición hacia la vida. Mordía mis labios vigorosamente y apretaba mis dedos para no temblar por tu presencia. Mis piernas se adormilaban de la falta de circulación que le arrebatava mi corazón latente. Definitivamente mi enloquecimiento se manifestó rotundamente al no poder controlar mis inquietudes, no volví a ser la misma después de ello. Era un títere que ni siquiera lo controlabas tú, sino mis invisibles meditaciones caminando alrededor de mis huecos.

Predije mi futuro, siendo imposible de nuevo, miré detrás y todavía no me soltabas. ¿Cómo se suponía que continuaría si mi rastro aún derramaba clandestinas alegrías?

Risa, escándalo e inseguridad

Me enteré de lo esperado, sentí un volcán de decepción en mis vísceras, un pasmado sentimiento de coraje inmóvil surcó mis furias, pero no liberaba un resto de lastima. Exquisitamente saboreé las migajas de tu desdeño en mi paladar.

Una chica linda al lado tuyo y un pequeño, pleno de inocencia y ternura. Dos personas tan importantes para ti como para mí. Me alegré como no

tienes idea, yo no podría ser parte de ti, absolutamente ya no había espacio para nadie más.

¿Por qué? Mientras yo daba todo y hasta lo que no poseía. Desnivelaste mi sistema nervioso y la sangre que me mantenía con vida se fue evaporando poco a poco. Mis huesos se quebraban, se trocaban en porcelana barata.

Yo no fui tu laguna, pero tú fuiste el universo para una ilusa adolescente, conquistaste la veracidad de una loca, fluías manipulaciones de tus lagrimales, y un remordimiento brotaba de tu voz ronca. Realmente sabías lo que ocurría conmigo, lo hubieses dicho. ¿No eras claridoso? ¿O solo alardeabas de tu supuesta honestidad?

Reposé de ti unos días, te deshice por un tiempo. Me enfoqué en mí y en mi desconsuelo, te arranqué temporalmente como una bandita que cubría una herida, pero esa herida se infectaba cada día más. Te necesitaba para abrirla y que me dejara de punzar. Me volví dependiente, a eternas escalas necesitaba de tu fría tortura. Tu fuego se propagaba irrefrenablemente y yo calcinaba tan feliz.

Olvido, daño e inquietud

La mayoría de edad llegó a mí lentamente, ansiaba que sucediese antes de mis desolaciones, factiblemente mi corazón sanó, con la velocidad de un suspiro al observarte, pero al final lo logré.

Tenía una claridad que ilustraba el olvido de tus presumidas advertencias y deseché el vínculo que chorreaba de promiscuidad alternativa, no eras indispensable en mi vida. Te dije adiós con telarañas en la piel.

Antes de nuestro encuentro, escribí una carta donde esculpía cada hebra de amor, le prendí fuego y los escombros que quedaron se encarnaron en cada poro de mi tez. En el momento no lo noté, pero ahora que te veo desde aquí me doy cuenta de la inmensidad de mis caídas.

Pronto, la entrañable angustia de no ser una naturalidad de compulsivas irritaciones, entró a invadir el poco aliento que en algún momento significó necesidad de tu interés. ¡Ven a conocer a la mujer no correspondida! ¡Ven a mutilarla! ¡Ven a hacerle lo que más quieras! Te dejé mis puertas abiertas.

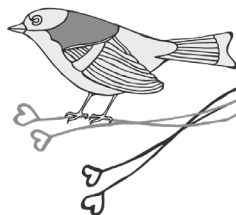
Me proporcionaste una temporada de hiriente bienestar, me sentía en dos lugares al mismo tiempo, y cuando te tuve, deseé escalar lo más rápido que podía. Recordaba que no me pertenecías. Tus dedicatorias no eran mías y mi ética desaparecía al disfrutarte cada que me besabas tan seductivamente.

Una vida en la cual no era bienvenida significaba un masivo dolor en mis parpadeos. Encontrar de alguna forma una luz al final de nuestro túnel solo se convertían en recuerdos inaceptables. Abstenerme de morder aquellos días era el remedio más posible para no caer en tus pesadillas. Después de todo lo hice.

Los últimos días, ya no lloraba por no alcanzarte. Lloraba por tener que darle fin a la tristeza.

Llanto, heridas y esquizofrenia

De alguna u otra forma entendí que sacrificar mis sueños no se definía como sufrimiento, mi vida no era dueña de tus cuchillas, no tenías el insignificante derecho a romperme una vez más. Tomé la mejor decisión al observarte y no tocarte. Al momento de sonreírnos y pasar del lado no debía aniquilar mi abstinencia. Correré por tu amor, pero del otro lado. Me llevaré conmigo tu particularidad y a los rayos de luz artificial que me hicieron perder mi vista hacia a la negación. Eres la mejor recompensa de mentiras. Jamás sentiré lo que tú lograste sobre mí. Te agradezco el haberme hecho sentir mujer. Recordaré tu espalda y tus brazos al rodearme, también cuando retirabas mi cabello. Me aseguraré de esconderte en lo más profundo de mis bolsillos. No perderé las pistas. Te veré en mi mundo cuando decidas dejarlo todo atrás. Perdóname por irme y solo dejarte esta carta, incluso cuando todo lo que mencioné hayan sido solo fantasías. Sígueme en un camino de amapolas, pero no las bebas todavía.



1.2. Despistado

Ana Luisa Ortega, 2013

Volví a presionar el botón de colgado. No podía con esto, la emoción de desconcierto y nerviosismo que me embargaba al escuchar los pitidos de espera antes de que levantaran el auricular al otro lado sobrepasaba mi capacidad de autocontrol. ¿Cómo era posible? Este era ya el séptimo intento en lo que a mi mente le parecía una eternidad y al reloj de la cómoda apenas un cuarto de hora. Me recosté en la cama y me cubrí los ojos con los brazos para aislarme momentáneamente del mundo. Meforcé a mí mismo a recordar cuál era el motivo de la llamada. Podría decir que de forma más que inmediata su rostro apareció en mi mente, pero no sería sincero pues en realidad, siempre está en mi pensamiento. No solo su rostro, su pelo, su risa, su aroma... todo siempre estaba ahí presente, todo excepto ella.

Crucé la habitación y me paré justo en frente de una pared de la cual colgaba un viejo calendario con un considerable número de días tachados hasta llegar al de hoy.

—Hoy— me dije a mí mismo —Hoy, ahora, en este mismo instante, tengo que hacerlo—.

Tomé el celular que había quedado reposando en la cama y volví a oprimir las teclas que correspondían a su número telefónico. Giré mi cuerpo hacia el espejo, me miré en él y encontré mis pupilas regresándome la mirada. Inspiré hondo, volví a recordarme por qué es que estaba haciendo esto y presioné “marcar” por octava ocasión. Al escuchar otra vez el pitido me entraron unas irrefrenables ganas de colgar, pero se me había ocurrido una idea, y rápidamente desvié mi dedo al botón de altavoz y me alejé lo más que pude del aparato para dejarlo sonar hasta que contestara.

—¿Aló? — me quedé congelado, sentí un golpe en el corazón y como mi pulso se aceleraba en mis mejillas. — ¿Aló? — Repitió ella desconcertada al no obtener respuesta. —Di algo, di algo, solo un hola—. Mi mente les mandaba señales a mis labios, pero estos no respondían.

Piiiiip, la llamada había terminado y yo ni siquiera había sido capaz de formular palabra alguna.

Me resigné y bajé a la cocina. Resultaba obvio que una llamada no daría resultado si de entablar una conversación se trataba, tendría que pensar en otra opción.

—Planeaba dejarlo como último recurso. Pero creo que será necesario— dije pensando en voz alta. Tomé las llaves de la mesa del comedor y salí a la calle apresurado. Tendría que hacerlo rápido, antes de que la adrenalina se me bajara y me arrepintiera de mis acciones. Saqué el papel que tenía su dirección anotada del bolsillo de mi chaqueta y me dediqué a tratar de descifrar los garabatos.

El lugar quedaba a media hora de mi casa. Encendí el auto y lo eché a andar. Durante todo el camino me fui pensando sobre qué le diría, y aún más importante, cómo haría para decírselo. ¿Qué puedo hacer para decirle lo que quiero? ¿Cómo puedo hacer para no quedarme paralizado ante ella? El transcurso del trayecto se me fue en darle vueltas al asunto, repitiendo ambas preguntas una y otra vez en mi cabeza. Mi mente trabajaba a toda velocidad para pensar en la mayor cantidad de posibilidades sobre cómo iniciar una conversación. ¿Por qué esto tenía que ser tan difícil? Regresé al mundo real cuando el carro de atrás me pitó para que avanzara. Accidentalmente me había quedado inmerso en mi mundo cuando el semáforo ya había cambiado a verde. Presioné tan deprisa el acelerador a causa del nerviosismo, que casi atropello a un peatón rezagado. Seguí avanzando pensando en mis asuntos, haciendo caso omiso de los insultos que soltaban los conductores a los que había afectado mi retraso. No podía dar con ninguna solución factible para mi situación actual. Es increíble cómo una acción tan insignificante como hablar podía causar tanta controversia en mi cerebro.

Me detuve frente a la casa que indicaba el papel ya arrugado por haberlo sostenido en un puño durante todo el trayecto. Tragué fuerte y sentí un nudo en mi garganta. Me arreglé la camisa y me miré en el espejo para tratar de peinarme el cabello, el cual parecía no cooperar con la situación y decidí dejarlo como un caso perdido. Me bajé del carro y cerré la puerta con más fuerza de la necesaria, un par de pájaros salieron volando por el

estruendo y los niños de los vecinos que jugaban en la calle se me quedaron viendo extrañados con una descortesía mayor a la necesaria, en mi opinión. Comenzaron a reírse a carcajadas y señalar en mi dirección sin molestarse por tener alguna pizca de discreción. ¿Pero qué sabían ellos de mi situación? No tenían la más remota idea sobre por la crisis en la que me encontraba en aquellos instantes. Volteé a ver a la casa y sentí cómo mi cerebro la fijaba como un objetivo. El resto de las cosas y sonidos dejaron de cobrar sentido momentáneamente.

Caminé con paso decidido hacia la puerta. Era ahora o nunca, era como esa frase que se usa en las misas para celebrar bodas “habla ahora o calla para siempre”. Sentí mi corazón palpitar más deprisa. Me paré frente a la puerta con la mirada tan centrada que parecía que trataba de ver lo que había al otro lado con una visión de rayo láser. Inhalé y exhalé unas cuantas veces además de aclarar mi garganta. Toqué el timbre que había en la pared de al lado. Escuché los pasos acercarse hacia mí detrás de la puerta. En ese momento cruzó por mi cabeza una posibilidad en la que no había pensado, ¿y si no me abre ella? ¿Si me abre su papá y me quedo cohibido frente a él? ¿O si simplemente me corre por no ser un prospecto lo suficientemente bueno para su hija? Justo cuando escuché que una mano giraba el pomo de la puerta salté hacia el arbusto que había a un lado de la entrada.

Observé quién abría y la vi. Su cara se asomó por el umbral y sentí que los nervios ya no importaban más, ni qué pensara de mí y mucho menos lo que sus papás u otras personas dijeran al respecto. En mi mente ella se veía como un ángel que había bajado a la tierra para salvarme de un mundo en el que yo no encajaba. Un mundo que no tenía lugar para un sujeto con tantos nervios como para quedarse sin habla. Noté que me había quedado en estado de *shock* durante más tiempo del que me había imaginado, ella ya no estaba ahí. ¿Por qué no estaba? Quería verla, quería hablarle. Rápidamente me incorporé y caminé a zancadas hasta la entrada. Me olvidé por completo de la existencia del timbre y toqué la puerta haciendo muchísimo ruido, pero eso ya no importaba. Tardó menos tiempo en abrir en esta ocasión probablemente porque ahora se encontraba más cerca.

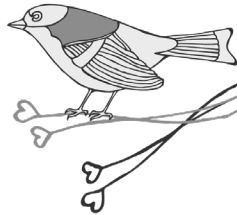
Eiya. La imaginación tiene alas

Abrió la puerta por segunda ocasión. La tuve ante mí. Me sonrió y rio de una forma tan despreocupada y natural que sentí cómo la tensión desaparecía de mi cuerpo.

—¿Qué significa esto? —me dijo mientras se tapaba la cara.

—Hace ya tiempo que quería hablarte y no me atrevía-

—Jajajaja, no eso, ¿por qué no traes pantalones? —. Miré hacia abajo desconcertado y vi que tenía razón. No traer pantalones, una excelente forma de iniciar una conversación.



1.3 El hombre que no existía

Francisco Rodríguez González La Puente, 2016

Cuando Juan se dio cuenta de que no existía, la sorpresa no fue mayor. Uno pensaría que tal revelación sería un fuerte golpe para cualquiera, pero para él más bien explicaba una vida entera gris, apática, rutinaria y sin expectativas.

Despertó esa mañana, como todas las mañanas, cinco minutos antes de que sonara el despertador. Vio con desesperación el lento, lentísimo andar de los negros brazos del ridículo personaje de ficción que adornaba la carátula del reloj barato de plástico. Apagar la alarma un segundo antes de que suene: el momento más emocionante de la mañana.

Juan no recordaba un día de su vida que no fuera igual al anterior. La rutina se había vuelto un tatuaje en el alma imposible de borrar. Su actitud gris y mediocre no ayudaba. Fóbico del cambio y del fracaso, se escondía durante las reuniones de trabajo detrás de los compañeros más activos. Los directivos tienen vista depredadora y por lo general sólo distinguen el movimiento, de tal suerte que estar cerca de los miembros más productivos solía ayudarlo a esquivar la posibilidad de recibir más responsabilidades.

Esta actitud le había secado las vísceras, padecía un estreñimiento terrible que lo obligaba a pasar largos periodos de tiempo sentado en la taza del baño. Aprovechaba estos espacios para informarse sobre los ingredientes del champú o para contar el número de cuadritos que tiene el rollo de papel higiénico. En su baño no había revistas, leer le daba sueño.

Después de desnudarse pasaba a la regadera, un chorro de agua helada lo ayudaba a terminar de despertar. Desayunaba envuelto en la toalla un plato de cereal con leche y una rebanada de pan tostado con mermelada de fresa. Se rasuraba, se lavaba los dientes, se terminaba de vestir y salía de su departamento, cabizbajo, con rumbo a la oficina en la que había trabajado durante toda su vida.

Nunca saludaba a nadie. Su cubículo estaba en una esquina. Siempre se sentía seguro en él, las paredes de tabla roca le brindaban una sensación de

protección. Se sumergía en sus cuentas; el reflejo del monitor en su rostro macilento era como una pintura tribal. Las horas pasaban y cuando llegaba el final del día tomaba sus cosas, recaminaba sus pasos y regresaba a su casa (llamarle hogar sería atribuirle una calidez de la que carecía). Ese día en particular fue diferente y, para Juan, lo diferente no era algo bueno.

Se levantó y salió de su cubículo, los ojos enrojecidos. Caminaba viendo al piso, como si la cabeza le pesara demasiado. Súbitamente, un paso en falso le hizo tropezarse y caer de bruces al piso justo cuando pasaba por el centro de la oficina. Ni un sonido.

Se levantó con rapidez, pensando que todos se reirían de él como cuando Isabel, la chica de las copias, cayó sobre su trasero la navidad pasada. Ni un suspiro. A su alrededor la vida seguía. Nadie se rio. Nadie lo volteó a ver. Recogió sus cosas apresuradamente y se fue.

Como ya dije antes, para Juan no fue una sorpresa. En realidad, las evidencias habían estado ahí todo el tiempo. Nunca saludaba a nadie; no recordaba la última conversación que había tenido con alguien más que consigo mismo; no celebraba su cumpleaños; no se comunicaba con sus padres desde hacía... muchísimo tiempo.

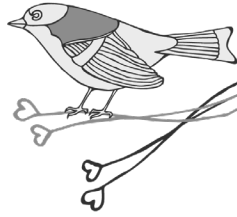
Se subió al autobús y no depositó las monedas en el recolector automático. Se sentó en el lugar de los discapacitados y nadie le reprochó, ni siquiera porque había una mujer embarazada de pie. Nadie parecía notarlo. Era cierto, Juan había dejado de existir o, quizá, nunca había existido en primer lugar.

Esa noche se sentó en su escritorio frente a una hoja de papel. Intentó escribir el nombre de su madre infructuosamente. Su fecha de cumpleaños, su tipo de sangre, su talla de ropa, era inútil, su mente estaba en blanco. Buscó en su agenda algún número de teléfono sin resultados, nunca había tenido amigos. Esa noche se la pasó en vela intentando recordar al menos un dato, una mínima evidencia de que existía o, débil consuelo, de que hubiera existido en algún momento.

La luz del sol apareció por la ventana este, atrás de unas horribles cortinas estampadas con figuras de elotitos amarillos, y sorprendió a Juan sentado en la taza del baño. Se preguntaba si en realidad era estreñimiento lo que tenía, quizá sus entrañas siempre habían estado vacías o, mejor dicho, nunca había

estado ahí. Lo cierto es que las pruebas eran contundentes, en algún punto en el pasado su existencia gris y mediocre se había disuelto en el entramado del universo y la persona que era dejó de ser para los demás.

Salió del departamento. Caminó por horas sin rumbo. Fóbico del cambio, la situación parecía encajar muy bien con su filosofía de no-vida. No elegir. No buscar. No encontrar. No entender. No despertar. No dormir. No trabajar. No pensar. No opinar. No juzgar. No preocuparse. No crecer. No ver. No ayudar. No ser. Siguió su andar repitiendo el oscuro mantra, era una cáscara vacía; un río seco; polvo bajo la cama. Llegó a la orilla del mar y no fue más.



1.4 Llamada en la mañana

Enna Beatriz Félix, 2017

Respiré profundo y entré por las puertas tan familiares como las de mi propia casa. Una mujer alta y delgada, vestida de blanco me guio por los pasillos largos que parecen que nunca terminarán. Entré a un cuarto blanco y pequeño y tomé asiento. Normalmente diría un comentario profundo como “el lugar donde la vida va y viene” o algún comentario sarcástico, pero no era un día normal.

“Di algo Eleonor”, me dije a mí misma en silencio.

—Hola —, dije con una voz pequeña. Mi garganta se cerraba cada vez más y parecía que un huracán habitaba en mi estómago.

Volví a intentar hablarle, tenía que contarle todo antes de que fuera muy tarde. Respiré profundo y empecé...

—Todo empezó con una llamada por la mañana, de esas que son en un día tan común que solo pueden traer malas noticias. Contesté y me informaron que Tata había muerto. No entendía cómo pudo haber pasado algo así. Acababa de ir a visitarlo hace solo dos días por el día del abuelo. Él ya había salido del hospital. No era posible. ¡Mi verano iba perfecto! Tomás me había pedido ser su novia y ya tenía todo un viaje planeado con Laura a la playa. Yo no sabía que una llamada tan corta me afectaría por tanto tiempo—.

Un silencio vacío me respondió. Creo que no tenía las fuerzas suficientes para seguir explicando porque había estado tan distante, pero ya había empezado y no había vuelta atrás.

—Cuando las vacaciones terminaron intenté volver a ser la niña que todos admiraban por su sonrisa contagiosa, pero cuando la oscuridad se te encima y te colorea de tristeza no hay forma de esconderlo. Empecé a esconderme en los recreos con un libro. Miraba alrededor, estaba con mil personas y tenía la sensación de no tener a nadie conmigo. Me sentía sola, me siento sola — otra vez, el silencio me contestó. Con solo escuchar una palabra me sentiría conforme. Ya no pediría nada más.

—Todo comenzó a cambiar. Me volví más callada y mi música más ruidosa. Mis noches eran largas y mis comidas cortas. Mi mundo más oscuro y mi piel más pálida. Todo se sentía como un sueño—me detuve. Mi corazón palpitaba rápidamente. Lo que nunca había sacado de mi interior se aproximaba y comencé a sentir todas esas emociones de aquel día.

—Tomás y Laura eran los únicos amigos que me quedaban. Laura y yo nos conocimos en el primer día de escuela primaria y desde entonces fuimos inseparables. Siempre fuimos como hermanas. Ella era rebelde y divertida y yo algo más callada y dedicada, pero nos complementábamos una a la otra. Después de lo que se podría llamar las peores vacaciones de mi vida, nuestra amistad era lo que me mantenía a flote. Por otro lado, el gran amor que tenía con Tomás se desvaneció en algo más simple, pero no era malo. Me sentía en calma y me sentía protegida del mundo al estar sentada con él en silencio debajo de nuestro árbol. ¿Quién diría que él no? —.

—El 12 de octubre llegué algo temprano a la escuela. Estaba ansiosa por mi presentación en historia. A lo lejos se veía una pareja tomándose de la mano. Decidí ignorarlos y seguí practicando en voz baja, hasta que escuché una risa conocida. Busqué a mi alrededor dónde podría estar Tomás, pero no se veía nadie más que la pareja al fondo besándose. Ahí entendí lo que estaba pasando. Me acerqué un poco solo para darme cuenta que la niña con la que Tomás estaba era Laura. ¿Mi novio y mi mejor amiga? Parecía que mi vida era como una mala película de Nicolás Sparks— solté un aire que ni sabía que había estado guardando. Nunca le había contado a nadie, porque me sentía avergonzada.

—Me quedé sin novio, sin amigas, sin abuelo y sólo me quedas tú— tomé su mano de forma delicada para no lastimarlo y dije con la poca voz temblorosa que quedaba dentro de mí:

—¿Conoces esas llamadas que son temprano por la mañana y son en un día tan común que solo pueden traer malas noticias? Recibí una de esas hoy. Es lo que me trajo aquí. No me di cuenta que todavía me quedaba una persona conmigo. Por favor despierta. Por favor no me dejes papá— mi voz apenas salía para este punto.

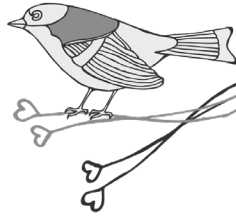
—Eres lo único que me queda— mi voz fue cortada por un sonido agudo. *Biiiiiiiiiiiiip, biiiiiiiiiiiiiiiiip.*

Un grupo de enfermeras entró rápidamente y rodeó a mi papá. Una de ellas me tomó de la mano y me sacó del cuarto.

No me di cuenta cuando comencé a llorar. Solo sentía mi cuerpo temblar y mi rostro mojado. Intenté secar mis lágrimas, pero cada una que me secaba, sentía cinco más salir. No había punto. Sentí que años pasaron y al mismo tiempo solo segundos fueron, al estar sentada en aquella sala de espera llorando sin un solo sonido que pudiera salir de mi boca, hasta que escuché una voz ronca:

—¿Señorita Rigby? — Levanté la mano sin poder sacar un sonido de mi garganta y el dueño de la voz caminó hacia mí.

—Tengo noticias para usted—.



1.5 23 minutos

Luis Rubén Murillo, 2017

—Café negro, por favor— le dije al empleado mientras le extendía mi mano con los \$2.50 dólares exactos que tendría que pagar por ese delicioso brebaje que curaría mi falta de energía. Estaba nervioso, mis manos y piernas temblaban, no sabría decir si era por los nervios o por la dosis abundante de azúcar que había consumido más temprano con el simple propósito de avivar mis ánimos de manera que pudiera sonreír sin hacer una mueca. 23 minutos. Faltan solo 23 minutos. No había estado tan impaciente y nervioso por algo desde mi primera cita. *Wow*, ya habían pasado 12 años desde que invité a esa hermosa chica a comer a un restaurante de comida rápida, cuando casi morí de la vergüenza porque me faltaban \$2.00 dólares para pagar la cuenta, lo cual le causó gracia y amablemente accedió a pagar lo que me faltaba.

21 minutos. Recordar esa anécdota de mi juventud me hizo reír y me tranquilizó, aunque aún sentía el sudor frío en mis manos. Mi estómago rugía, aunque no estaba seguro si era porque tenía hambre o por esa manía que tengo por comer para mantener mi paciencia.

18 minutos. Me acerqué al edificio, aunque habitualmente veía esa imponente edificación, hoy la encontraba especialmente atemorizante. Sabía que no me podía mostrar débil, debía de ser lo más profesional posible. Entré caminando a paso rápido, intentando aparentar seguridad, me acerqué a ese escritorio color acero ubicado en la recepción, donde una amargada recepcionista me entregó mi pase provisional. Tenía cuatro años viviendo en esta ciudad y seguía sin entender por qué la gente allí es tan apática y neurótica.

14 minutos. Proseguí caminando, siguiendo las instrucciones que había leído en internet para verme más confiado y seguro; sin embargo, hacerlo provocaba el efecto contrario en mí. Pensaba que el edificio era grande, pero en realidad era enorme. Tenía unas paredes hechas con mármol negro que inspiraban un ambiente sobrio, el edificio estaba diseñado para los negocios. Pensar que yo sería parte del “personal esencial” de ese precioso banco me parecía casi una fantasía. Los bancos siempre me inspiraron, pensé, mientras

recordaba mi tiempo estudiando economía y finanzas en la nada despreciable universidad de la ciudad de Nueva York. Siempre fui bueno en matemáticas y desde que descubrí la economía quedé fascinado por todas las aplicaciones que tenía. Lástima que dejé esa carrera por unos problemas que tuve de los cuales preferiría no hablar. Espero que eso no me impida conseguir el trabajo en un banco tan prestigioso como lo es este.

12 minutos. Era momento de tomar el elevador, no quería llegar tarde a mi primera entrevista de trabajo y, posiblemente, también primer día de capacitación. Con la suerte que tengo, me tocó un elevador con al menos 9 personas dentro. Uno especialmente “rellenito” por no decir obeso que en este caso sería la palabra más apropiada. Eso me recordó a mi infancia, durante mi infancia siempre me llamaron con apodos como albóndiga, cerdo, vaca, todo lo que te puedas imaginar. Supongo que siempre fui el “gordito” del grupo, pero todo eso cambió en preparatoria cuando me uní al equipo de fútbol, donde me nombraron capitán por mi talento para relacionarme con la gente. Desde ese momento siempre pensé que tendría un trabajo relacionado con atención al cliente o alguna cosa de ese estilo.

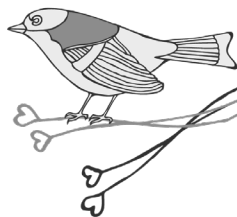
9 minutos. Estaba nervioso, pero al mismo tiempo emocionado, en este momento ya no había marcha atrás, estaba decidido. Mientras seguía caminando por el edificio para llegar a la habitación 8-24, mis ojos seguían asombrados por el moderno diseño de los interiores que, yo estimaba, debían de costar miles de dólares. Estaba tan distraído por las hermosas decoraciones que me perdí en las instalaciones del banco. Decidí preguntarle a un hombre muy elegante y sofisticado, vestía un traje negro con una corbata color gris que le daban el aspecto de hombre de negocios, que en efecto lo era. Los hombres con traje me recordaban a mi padre, un hombre de ideales firmes, que trabajaba duro para proveer a su familia. Mi padre siempre vestía de manera profesional, de manera que no hacía más que inspirar respeto a sus compañeros de trabajo. Al momento de pedirle el favor de que me indicara cómo llegar a la habitación 8-24 el hombre me miró con desprecio, como si él no tuviera tiempo de tan siquiera responderme.

4 minutos. Después de perderme un considerable periodo de tiempo en los pasillos del banco, por fin encontré la habitación a la que me tenía que dirigir. Estaba a pocos minutos de conocer a quien posiblemente sería mi

nuevo jefe. Para tranquilizarme un poco me puse a jugar con un pequeño llavero que me había regalado mi hermano. Mi hermano, mi ejemplo a seguir, siempre lo ha sido, siempre lo será. Mi hermano era una persona valiente, trabajadora y, por sobre todo, era una persona que no se rendía. Siempre deseé ser igual de exitoso que él y estaba listo para demostrarle al mundo lo que podía hacer al conseguir nada más y nada menos que mi primer trabajo.

1 minuto. Miré a la izquierda y por fin vi acercarse al hombre que posiblemente sería mi jefe. Era un hombre alto, un poco despeinado, pero con solo verlo podías notar que era una persona que amaba su trabajo y trabajaba arduamente todos los días. Mientras lo veía acercarse por el pasillo mi corazón empezó a palpar de manera más rápida de lo habitual, los nervios recorrían mi cuerpo, pero sabía que podía controlarlo. Cuando por fin llegó me preguntó si yo era el nuevo. A lo cual respondí que sí con una voz un poco quebrada. Él me invitó a dar una vuelta por el edificio para que lo conociera. Estaba asombrado por el tamaño del banco, pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar si conseguiría el trabajo o no.

Después de terminar el recorrido, me armé de valor y le pregunté con voz un poco insegura: “Entonces... ¿tengo el trabajo?” A lo cual él respondió que sí y me dio la bienvenida. Fue un alivio muy grande para mí, por fin tenía un trabajo de verdad. Mi nuevo jefe decidió que era momento de llevarme al lugar que sería mi oficina. Después de caminar un par de minutos llegamos a una puerta color café oscuro, la cual él abrió y sacó un trapeador y un gafete con mi nombre, en el cual se leía “Manuel González- Conserje”.



1.6 Para Sara

José Carlos García, 2017

Te siento, aquí conmigo, como si intentaras decirme algo, justificarte o tratar de remediar lo que hiciste. Estas tan cerca de mí, pero a la vez muy lejos, no soy capaz de tocarte, pero sé que estás ahí, me ves, mientras reflexionas; te das cuenta de que ya no puedes volver. Es tristemente imposible, pero sé que tú quieres. Cualquier cosa me recuerda a ti, no logro olvidarte, tan hermosa como una rosa, el cielo tan comparable con tus cálidos ojos azules, que me llenaban de placer al obsérvalos. Tu sonrisa era blanca como las perlas del collar que llevabas aquel último día en el que hablamos. Ese desenlace que evito que yo tuviera lo que más quería en esta vida.

Tú eras diferente, tú me entendías. Todo era mejor a tu lado, y ahora que no estás siento un gran vacío en mi interior. Me traicionaste, te olvidaste de mí, como si nunca hubiéramos tenido la confianza para hablar de esto. Lo intente, intente hablar contigo, mientras sentía la gran impotencia de no poder hacer nada al respecto. Ahora se, después de lo sucedido, que pude haber hecho más, si tan solo me hubieras dado un poco de tiempo, pude haber cambiado tu destino. Me arrepiento por no haber tenido la valentía de hablar contigo, decirte lo que tal vez podía hacerte cambiar de opinión. Me provoca un odio incontrolable el pensar en todo lo que no pude decirte. Quisiera haber tenido una idea de que esto iba a pasar y, tal vez, poder cambiar tu decisión. Se supone que éramos amigos, que confiabas en mí. ¿Cómo es posible que no pensaste en las consecuencias? En como esto me iba afectar.

Siento que sigues observándome, que estas junto a mí, aunque en realidad ya no estás. Tus recuerdos me persiguen, esos estresantes recuerdos no me dejan descansar, me causan escalofríos, tristeza, pero más que nada: Miedo. Miedo a la soledad, miedo al silencio, al pensar que estas aquí pero no te es posible hablarme. Quisiera poder verte, poder hablar contigo y preguntarte todo eso que ahora nunca sabré. Sé que tú también anhelas ser capaz de comunicarte conmigo, pero es imposible, al menos que siga tus pasos y continúe caminando junto a ti como siempre lo he hecho. Tal vez eso es lo

que quieres, por eso intentas desesperadamente mandarme una señal, quisiera saber que intentas decirme. Todas las noches pienso en todo lo que paso, mientras me recuesto suavemente en mi cama, miro al techo, abrazo mi almohada e imagino que eres tú, que esto nunca sucedió, después de tanto revuelo eso me tranquiliza. Lo he reflexionado, de más para ser precisos, mi mente no logra vislumbrar la razón. El sudor se derrama por mí frente al pensar por qué y me genera un nudo en la garganta que no me permite decir ni una palabra. Sé que te hacían daño, pero tienes que saber que esas despreciables personas que te lastimaban, no quedaron más que condenadas al darse cuenta lo que causaron. Yo quería ayudarte, pero nunca me permitiste aconsejarte, más bien nunca te insistí lo suficiente. Insistir, esa era el arma, me arrepiento de nunca haberme atrevido a usarla, no podía, porque nunca pude borrar esa necesidad de mi cabeza; que insistir sería una molestia para ti. Yo no quería molestarte, ese nunca fue mi objetivo. Esto nunca llevo a pasar por mi mente, yo no te creía capaz. Pensar en todo esto me provoca dolor. La tristeza me consume a cada palabra que escribo. Cada pensamiento retumba en mi cabeza como si una bala la atravesara, no dejan de sonar los disparos, cada uno de ellos me dice que tengo que hacerlo, pero yo simplemente los ignoro.

¿Por qué te fuiste? Ahora sin ti no me siento seguro. Me preguntan por ti, si tuve algo que ver, si fue mi culpa, yo simplemente ignoro sus comentarios, estoy ya bastante dañado como para tomarlos en cuenta, aunque ellos me sigan teniendo en la mira. Yo me imaginaba un futuro contigo, tú lo destruiste. Desde entonces no he podido comunicarme, mis cuerdas vocales se acostumbraron al silencio, me brotan las palabras, pero la única manera en la que puedo expresarlas es por aquí, escribiendo. Esto no ha causado intriga en mi familia, hacen pensar que se preocupan por mí cuando en realidad no lo hacen, nunca les he importado, tú sabías eso, solo tú sabías mis problemas personales, sabías que solo te tenía a ti. Eras mi única compañía.

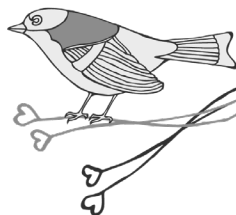
La parte más difícil de esto es aceptar que ya no estás. ¿Pero, ¿qué haces cuando ya no puedes aceptarlo? ¿Qué haces cuando lo que menos te queda es la resiliencia? Ha pasado tiempo y sigo aprisionado a las memorias que esto me genera. Deberías estar orgullosa de mí, a pesar de todo sigo aquí,

aunque no sea exactamente lo que quiero. Por favor abrázame, no me gusta estar solo, no puedo moverme, solo quiero que vuelvas. Intento aislar mi mente escuchando un poco de música, pero no funciona. Todo se mueve lentamente, no logro percibir el tiempo. No quiero llorar, pero el sentimiento retorcido que llega hasta mi pecho me deja sin aliento y me hace derramar una lágrima... luego otra... y otra.

Recuerdos del pasado se anclan en mi mente. Tú estás ahí, recuerdo tu mirada, tu forma de hablar, como solíamos charlar por horas sin aburrirnos, como te gustaba tocar mi extravagante cabello rizado. Recuerdo ese día que paseábamos por la playa, mientras me contabas tus sueños, tu futuro, el sol brillaba con resplandor, se sentía muy bien. Cada día era bueno contigo a mi lado, extraño esa sensación. Me siento agraciado al recordarlo, pero es lamentable volver al presente. Me contabas tus más grandes secretos, con la excepción de uno, el cual por enterarme bastante tarde me desplomo por completo. Tú y yo estamos a mano. Igual que tú, yo te oculte parte de mis sentimientos por un largo tiempo, algo que no me atrevía a decirte por miedo. Después de todo me arrepiento de no haberte dicho a tiempo. Es mi culpa, sé que es mi culpa.

Ahora lo comprendo, luego de todas las lágrimas derramadas, por fin entiendo qué es lo que deseo. Logro entender cuál es este sentimiento tan extraño que me ha perseguido durante todo este tiempo. Siempre hay una luz al final del túnel y yo por fin logro ver esa luz.

He tomado una decisión. Quiero estar contigo, junto a ti y decirte lo que nunca te pude decir: que estoy enamorado de ti. Estoy consciente de que para lograr mi objetivo tengo que tomar los mismos pasos que tú tomaste, pero valdrá la pena, porque solo tú eres capaz de hacerme sentir vivo...sin siquiera estarlo. Nos vemos pronto...Sara.



1.7 Querido Diego

Paula Encinas, 2018

Me desperté al sonido de pájaros cantando. El despertar era una pesadilla. Al despertar, el dolor agonizante, del cual mi cuerpo no me dejaba descansar, me recordaba de mi desafortunada situación. Por fin, me digné a abrir los ojos, pero instantáneamente deseé no haberlo hecho. No estaba aquí. “¡No te preocupes! Aún es temprano, seguramente vendrá en el transcurso del día” me dije a mí misma en forma de consuelo.

— ¡Buenos días! — dijo la enfermera, Carmen, al entrar a mi habitación para darme mi desayuno. Suspiré aborreciendo la rutina y le contesté lo mismo. Puso la charola con mi desayuno sobre mis piernas y procedió a acomodar los lienzos y materiales de pintura que se encontraban al lado de mi cama.

— ¿Otra pintura, señorita? —preguntó simpáticamente, pero no respondí. Enfoqué mi mirada al vacío por un rato y justo cuando Carmen estaba a punto de irse, le pregunté:

—¿No vino Diego? — Carmen volteó a verme con cara de lastima y movió su cabeza de lado a lado diciendo que no. Suspiré nuevamente mientras Carmen se iba y me dije a mí misma otra vez.

— ¡No te preocupes! Aún es temprano, seguramente vendrá en el transcurso del día—.

Estuve ansiosa toda la mañana, pero nada. Las pocas veces que Diego venía a verme, eran las mejores partes de mi día, semana, mes y año. Normalmente, no hubiera estado tan ansiosa, pero esta vez era diferente. Esta vez, Diego había prometido venir. No sé porque me ilusioné, si Diego es el rey de romper promesas. Mi relación con Diego era...complicada, por así decirlo. No había nadie en el mundo que amara más, pero al mismo tiempo, no había nadie en el mundo que me lastimara tanto como Diego. Esa es la ironía más grande, la persona que te hace más bien es la que te hace más mal. Aunque muchos categorizarían mi relación con él como toxica, no me sentía capaz de alejarme de él.

Decidí pasar el tiempo para esperar a Diego, entonces tomé un lienzo, pintura y las brochas que Carmen había acomodado. Después de una pincelada de dolor, otra de desesperación, unas cuantas de agonía y otro poco de crisis existencial, miré por la ventana.

Ya era de noche y Diego todavía no había venido. Puse mi lienzo de lado y tomé una hoja de papel. Extendí mi brazo intentando alcanzar la pluma en mi mesa de noche. Me di cuenta que nunca lo alcanzaría si no me movía, entonces eso hice. Con un solo movimiento, entre en un dolor inmenso. Podía sentir el frío de mi arnés metálico y la presión de mi yeso. Me devolví a mi lugar y solté un grito de desesperación y dolor. Mi cuerpo el cual antes estaba lleno de vida y activo, ahora se sentía muerto e inservible.

Al escuchar mi grito, Carmen se apresuró a mi habitación. Entro con cara de pánico y preocupación. Al ver que todo estaba bien, relajó su expresión y me preguntó qué había pasado.

— No puedo alcanzar mi pluma— le dije indiferente. Mi intención no era ser grosera, pero mi ánimo no me dejaba de otra. Carmen sonrió con paciencia y entendimiento y procedió a darme la pluma.

— ¿Quieres que me quede? — preguntó con calma.

— No, quisiera estar sola...por favor— dije intentando ser un poco más amable con ella. Ella solo sonrió, como de costumbre, asintió y salió de mi habitación.

Cerré los ojos por un momento. Tenía mucho que decirle a Diego, mucho que no podía decir. Abrí los ojos, puse la pluma en el papel y comencé a escribir.

Querido Diego,

Ya han sido tres días desde la última vez que me visitaste. Rompiste tu promesa, aunque no puedo decir que estoy sorprendida.

Insatisfecha con mi redacción, arrugué la hoja y la tiré al otro lado de la habitación. Agarré una nueva y volví a empezar.

Querido Diego,

Me hubiera gustado verte hoy. Seguramente tenías más de una razón para no venir...con nombre y apellido

Enojada por mis celos, arrugué la hoja y la tiré al otro lado de la habitación. Agarré una nueva y volví a empezar.

Querido Diego,

Hoy fue un día largo. Ojalá lo hubieras pasado conmigo. Muchos me dicen que no tengo esperanza de mejora, pero yo estoy segura de que sí. Algún día volveré a caminar y podremos ir a bailar como solíamos hacerlo.

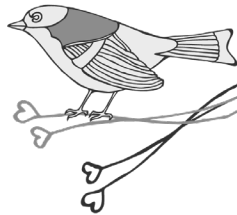
Quiero que sepas que te perdono, por todo. Por los amoríos, las peleas, los tiempos separados, la indiferencia y la soledad.

Te amo...en serio te amo, pero ahora me doy cuenta que he sufrido dos accidentes graves en mi vida, uno en el cual un autobús me tumbo al suelo, y el otro fue Diego Rivera.

Con amor,

Frida.

Dejé la pluma, por un lado, puse la carta en mi pecho y con una sola lagrima, me quedé dormida.



1.8 Alejandro

Gabriela Villa

Tal vez no me conozcas como yo a ti. He estado al pendiente de tu existencia durante más de once años. Sé que hoy en día estás a punto de casarte y formar una preciosa familia. Enserio, muchas felicidades, me alegra que continúes con tu vida. Tú y Cristina hacen una muy linda pareja y espero que la niña que viene en camino traiga mucha felicidad y prosperidad a sus vidas.

Suena bastante extraño que un desconocido enumere tantas cosas sobre ti, pero no te alarmes, no soy ninguna clase de psicópata ni mucho menos algún acosador —o tal vez solo un poco—. Todo esto lo sé gracias a tu siempre actualizado muro en las redes sociales, pero me estoy desviando demasiado de lo que te quiero contar. Cuando descubras la verdadera razón de mi carta, no te parecerá tan disparatado lo que te acabo de expresar.

¿Recuerdas a Julieta Sandoval? Me inclino a que, sí lo haces, aunque haya pasado hace tanto tiempo. Ahora estoy segura de que ya tienes una idea de quién soy. Quiero que sepas que no hago esto para reprocharte lo que le hiciste a mi familia y a mí, simplemente estoy adoptando nuevas formas para deshacerme de los fantasmas del pasado.

Desde ese 27 de marzo mi vida cambió drásticamente. Nunca pensé que, en un solo día en cuestión de minutos, mi mundo se tornaría tan negro.

Tú solo tenías 17 años, no sabías lo que hacías; tu única preocupación era aprobar las materias, quedar bien con la familia de tu novia y no causarles problema alguno a tus padres.

Esa madrugada tú simplemente estabas disfrutando una buena noche de fiesta con tus amigos, pero no de una manera apropiada. En ese entonces no medías tus acciones ni las consecuencias de estas, como lo sería aquel acontecimiento a las 4:28 AM.

Tú y tus amigos habían ido a festejar el cumpleaños de un tal Omar. Nadie se imaginaba lo que sucedería. Estabas totalmente borracho, desconocías hasta tu propio nombre.

Iban tú y otros dos chicos a una velocidad muy poco prudente. Marcos y Sofía venían totalmente dormidos en la parte trasera del coche, y tú, ibas casi en las mismas condiciones. Pasaron los minutos y no bajabas la marcha, ya ibas por la quinta avenida cuando de pronto chocaste con algo.

Me detendré un poco aquí, ya que de verdad no quiero llorar. Por más que pase el tiempo, me seguirá doliendo igual. Repito por segunda ocasión; no te estoy reprochando nada, no quiero arruinar la pequeña felicidad que ha alumbrado tu vida estos últimos meses después de tanto tiempo.

Estoy al tanto de que te estoy poniendo los nervios de punta al dar tantas vueltas al asunto, no se trata sobre repetirte lo sucedido, ya que sé que te lo sabes al derecho y al revés. Posiblemente esté removiendo viejos sentimientos tuyos, pero al final de esta carta, tal vez te sientas un poco mejor o tal vez no.

Continuando con mi relato, tú chocaste con algo, o con alguien, mejor dicho. La persona con la que colisionaste fue Julieta Sandoval, la misma por la que te pregunté anteriormente, cosa que no tenía sentido que hiciera ya que no dudo para nada el que todavía pienses en su rostro tras aquella madrugada, pero, quería que siguieras leyendo la carta en lugar de que le hablaras a la policía tras darte un susto con mi pequeña introducción y al haber dejado este escrito cobardemente debajo de la puerta de tu casa.

Julieta iba trotando por la acera, como normalmente lo hacía todos los días de 4:00 a 5:00 AM. Ella estaba comenzando su día, pero no esperaba que alguien al mismo tiempo, acabara con su vida.

Tú desviaste el coche hacia donde ella se dirigía y, desgraciadamente, no pudo esquivarte, ibas demasiado rápido. Julieta murió por una significativa compresión cerebral, tu neumático le rompió la cabeza. Mira el lado positivo; fue tan rápido que los médicos forenses dicen que no sufrió demasiado, fue una muerte inmediata.

La verdad si me hace sentir un poco mejor el saber esto, si ella hubiera padecido dolor alguno, ni con todos los años que hubiesen pasado, te hubiera podido escribir. Me pregunto qué habrá pensado ella cuando vio su destino y posible desenlace frente a sus ojos. Me gusta pensar que nunca se dio cuenta, que murió sin estar consciente de lo que estaba pasando, pero algo dentro de

mí me dice que no fue así. Quizá pensó en Joel, Miriam, Adrián o en mí. Mi lado egoísta me hace pensar en que yo fui la primera que le vino a la mente.

Cuando caíste en cuenta de que habías arrollado a alguien, te quedaste pasmado tomando con ambas manos el volante durante varios segundos o eso le dijiste a las autoridades. Seguramente se te pasó por la cabeza huir, no te agradezco que no lo hicieras, ya que mínimo, ese era tu deber. Bajaste del coche para ver que podías hacer al respecto, tu embriaguez se había ido por completo, pero como tú sabrás, no se podía hacer absolutamente nada al respecto, no me imaginó las horribles imágenes que te llevaste al agacharte junto a su cuerpo.

Pasaron pocos minutos y todos los vecinos salieron de sus casas para ver qué acontecía, nadie pudo reconocer su cuerpo, pero todos la conocían y en cuanto vieron sus pertenencias, cayeron en cuenta de quién se trataba y no tardaron mucho en llamarle a la policía y a la SEMEFO.

Doña Lupe fue quien nos dio la terrible noticia; ella llegó llorando a mares a la puerta de nuestra casa y, tras varios titubeos, soltó las tres palabras clave: “encontraron a Julieta”, y enseguida, Adrián, Joel y yo con Miriam en brazos, corrimos al lugar. En cuanto llegamos y te vimos siendo arrestado mientras que Julieta era levantada con una sábana blanca envuelta sobre su cuerpo, caí de rodillas al suelo abrazando aún más a mi hermana.

El verte a ti llorando al igual que los otros dos adolescentes, me hizo finalmente caer en cuenta en lo que estaba sucediendo. Había perdido a mi madre. Joel comenzó a llorar cuando vio toda la sangre derramada en el pavimento, mi padre no tardó mucho en hacer lo mismo. Se sentía un ambiente lleno de frustración, enojo, sorpresa y tristeza, imagínate de la nada perder a tu madre.

No sabes cuánto te odié, no te imaginas las veces que me dormí enojada pensando en las posibles maneras de lastimarte, pero vamos... ¿Qué te podía hacer una niña de tan solo 13 años? Nada, absolutamente nada, y eso me frustraba aún más.

Mi aborrecimiento hacia ti creció extraordinariamente cuando supe que no serías castigado debidamente. Solo pagaste los gastos funerarios, una multa y una pequeña indemnización a mi familia. Dinero que, por cierto, nunca tocó mi padre, Adrián.

Ya que eras menor de edad, no se te juzgó cómo tal y la cárcel, no era un castigo posible para ti, aunque también influyeron bastante los buenos abogados que tu familia de buena procedencia pagó; de verdad, fuiste demasiado suertudo, pero sé que tu castigo te lo impusiste solo.

Exactamente tres meses después del accidente, fuiste a la misma calle y buscaste nuestra casa. Aunque no lo supieras, estuve al tanto de todo lo ocurrido esa tarde, no me viste, pero yo a ti sí. Te observe por la ventana desde tu llegada hasta tu ida, en una ambulancia, por cierto. Según tú, ibas a explicarle lo sucedido a mi padre, quien no te escuchó para nada.

Te golpeó hasta cansarse y tú no luchaste ni un poco, quizá eso era lo que querías, que alguien te sancionara, pero eso no te bastó. Tal vez yo debí interferir, pero las ganas nunca me nacieron, me asusté al ver a mi padre tan despechado y agresivo, pero no quería ayudarte, dejé que te golpearan hasta que de nuevo los vecinos metieron sus narices en tal asunto. Supongo que esa fue mi pequeña venganza.

Y tras varias fracturas y un diente flojo, no demandaste a mi padre, aunque no tenías el derecho a hacerlo. Bueno... tal vez sí, legalmente, pero no moralmente. Él estaba sacando todo lo que tenía atorado en su pecho tras aquel día, cosa de la cual, inconscientemente eras culpable.

De todos los que vivíamos en la casa, creo que papá fue quien más sufrió. Le quitaste al amor de su vida. A la persona con la que él esperaba morir tomado de la mano en muchos años más. A la persona que lo acompañó en todos los buenos y malos momentos. Pero lo más importante, a una de las personas que más amaba.

Estoy segura de que él no te ha perdonado, tal vez nunca lo haga, pero no te sientas mal, imagínate en cinco años más, ya casado y con tu hija. Supón que Cristina muere a causa de lo mismo y la pequeña queda sola a tu merced. ¿Quién sentirá más la pérdida? Pues tú, porque a partir de ese día, serás el todo de ella. Tu papel será el doble, y además de lidiar con tu pérdida, sentirás la que ella tendrá.

Cada mañana recordarás lo mismo al tener que poner en práctica tus responsabilidades e, inevitablemente, cuando te sientas solo, te será imposible el buscar el apoyo en otra mujer sin percibir la llamada culpa, o bueno, eso

fue lo que le sucedió a Adrián, cosa de la que me percaté desde ese momento. Gracias a esto me hiciste madurar demasiado rápido; se supone que a los 13 años yo debí haber estado cuchicheando con mi madre sobre chicos y no en su funeral.

Sé que las cosas pasan por algo, también sé que ahora ella está en un mejor lugar, pero eso no cambia el hecho de que me haga falta su presencia y cariño.

Una madre lo es todo. Joel y Miriam apenas y recuerdan a mamá, pero aun así de cierta manera no te perdonan. En el caso de ellos, es aún más triste el no haberla conocido, ella era la mejor mamá, esposa, hija y hermana.

A pesar de todo sé que aprendiste de tu error, me hubiera dolido más que a el causante del accidente le hubiera sido indiferente todo, pero estoy más que segura de que a ti si te importó.

Lo único que me queda por decir es que, a pesar de todo, entiendo que eres un humano al igual que yo. Así es la vida, nos equivocamos. Unos cometen errores mucho más grandes que otros, así es como debe ser. Y es por eso que te perdono. Te perdono por robarme a mi madre. Te perdono por quitarme mi niñez.

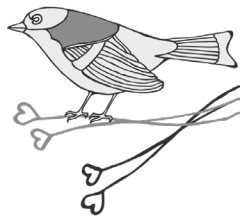
Hago énfasis y te explico lo que sufrí para que entiendas lo difícil que fue para mí dar este gran paso, y que a pesar de todo yo te perdoné, cosa que debes hacer para ti mismo. Perdónate por aquella noche. Sí, debes sentirte culpable, y sí, tú fuiste el causante de todo eso, pero date un respiro.

Aunque suene raro decirlo me siento mucho más liviana al haberte expresado lo que siento. Haber tenido tanto resentimiento en mi corazón desde los 13 años me consumió por completo, pero ahora puedo decir que después de 132 largos meses de tristeza y rabia, me siento un tanto feliz. Aprovecho a mi padre como no tienes idea, amo a mis hermanos día a día y se los hago saber.

El ciclo de la vida es vivir y morir. Yo sé que a mamá no le gustó como fui los pasados once años. Ella estuvo todo ese tiempo cuidándome y mirándome desde el cielo y hasta el día de hoy decidí parar y no sabes lo bien que se siente.

Te deseo éxito en la vida y espero y sigas mi consejo.

Te perdona, Mariel.



1.9 Quién lo diría

Rolando López, 2017

Quién lo diría. Todo comenzó una nublada tarde de mayo: el 6 de mayo. Era fin de semana y como cualquier adolescente promedio que tiene mi edad, lo único que yo buscaba era romper las reglas. Encontrar una manera para divertirme sin lograr ser descubierto. Lo último que pasaba por mi cabeza era verla. Mi celular vibraba como metralleta, pues los mensajes no paraban de llegar. Algunas eran niñas, otros eran mis amigos buscando una manera de conseguir alcohol. La noche cayó y mi único enfoque era tomar; una manera factible pero no justificable de olvidarme por un breve momento de todos los problemas que me rodeaban.

Todo pasó muy rápido, el alcohol abundaba y una manada de jóvenes ebrios bloqueaba la entrada de la casa y parte de la calle. Ahí la vi. No puedo afirmar que su belleza me llamó la atención la primera vez, aunque momentos antes, ese pensamiento rondó por mi cabeza. Al verla pasar, una tentación tremenda me inundó y me animé a hablarle.

— Oye— una voz un tanto tímida salió de mi garganta. Esa sensación fue nueva para mí, pues nunca me había sentido intimidado por una dama anteriormente.

— ¿Qué pasa? — me contestó como si hablar conmigo fuera una costumbre. En ese momento no recuerdo qué pasó exactamente por mi cabeza, pues los nervios y el alcohol no van bien juntos. Tras una plática no tan fluida y una serie de silencios incómodos, era hora de irme. Yo no quería irme, pues ese momento lo disfruté como nunca antes.

A la mañana siguiente, después de tratar mi dolor de cabeza, revisé mi celular. Un nuevo contacto estaba agregado; era ella. Mi expresión en ese momento se puede definir como abstracta, pues la felicidad me habitaba, pero no recordaba lo ocurrido la noche anterior. Estaba libre ese día también. Quizá me animaba a invitarla a salir.

Ese momento no llegó, por lo menos esa noche. La conversación fue fría y apática, hecho que no me gustó, pues yo quería tener una plática como la

de la noche anterior. Para tratar de olvidarme de esto, decidí juntarme con mis amigos. Un plan “no planeado”, como de costumbre, salió. En un abrir y cerrar de ojos era de noche y mis amigos y yo nos juntamos en un *spot* común para nosotros. Nunca pensé que ahí iba a estar ella. Solo la veía. No tuve el valor para, estando sobrio, dirigirle la palabra. Lo único que gané fue verla sentada disfrutando su noche con otra persona. Irónicamente, nunca lo consideré como mi verdadero amigo. Verlo ahí sólo me dio otra razón para escribir su nombre en la lista negra. Espera, ¿estaba yo poniéndome celoso? ¡No podía creerlo! “Calmado caballo” me dije a mí mismo mientras veía a la niña de mis sueños hablando con mi amigo. “Esto no está pasando, yo nunca me pongo celoso” continuaba repitiéndome hasta que me animé a hablarle, aprovechando la oportunidad que se presentó cuando mi amigo se levantó.

— Hola— una voz débil salió de nuevo de mi boca. Lo único que pasaba por mi cabeza en ese momento era lo hermosa que ella era. Tras una insignificante conversación, me armé de valor para invitarla a salir, a pesar de que bajo presión mi cabeza no trabaja tal como yo desearía.

— Sí, encantada— fue su respuesta. Yo estaba atónito. Una mujer me había aceptado una invitación a salir; esto iba a ser motivo de celebración más adelante.

La primera cita fue incómoda. Ella no pensó lo mismo, pues una sonrisa se ilustró en su rostro durante toda la noche. La plática iba mejorando; el ambiente se tornó menos tenso. Yo comencé a ver futuro con ella. Quizá me apresuré, aunque no me arrepentiría, pues en mi mente todo futuro la incluía. Las siguientes citas se fueron haciendo más y más divertidas. La confianza iba incrementando, eso se podía notar.

Todo parecía un cuento de hadas. La fantasía de ser su novio se asomaba por el horizonte. Hablé con sus padres, pareció que fui del agrado de su papá, cosa que sinceramente yo no esperaba. Hablé con mis amigos y con amigas de ella. Solo faltaba la fecha para poder preguntarle. Nunca tuve el valor. Quería estar 100% seguro de saber que su respuesta iba a ser sí, cosa de la cual ahora me arrepiento.

El tiempo transcurría y yo estaba cada vez más convencido de declarármele. Quizá su respuesta iba a ser no, por eso no me animaba. Una mañana

me desperté iluminado; de esas veces que la inspiración llega divinamente y tú no tienes más opción que explotarla. Ese era el día. La mañana transcurrió lentamente, así como cuando estás en la escuela esperando a salir. Recuerdo tu emoción al decir sí sin titubeo alguno y el abrazo que se me hizo eterno. De ahí la historia apenas comenzaba.

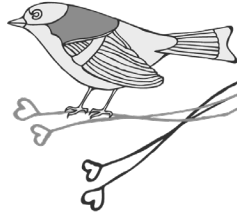
El tiempo corrió muy rápido, como si me hubiera dormido mientras el tiempo avanzaba para los demás. Después de cumplir los 6 años de novios y graduarnos de nuestras carreras cada uno, decidí que era un excelente momento para casarnos, quizá tu pensabas lo mismo. Lo decidí hacer de una manera muy original. Te llevé de viaje a Roma y ahí, en un café de la ciudad, le pedí a un mesero que pusiera el anillo con la perla en tu bebida. El anillo era grueso y pesado, pero sobretodo caro. Una sonrisa de oreja a oreja se me pintó en la cara. Mis ojos, enamorado de ti, como la primera vez que te vi, ansiaban presenciar el momento en el que vieras el anillo. De pronto la sonrisa se borró. Rápidamente noté que algo no estaba bien. Revisé tu taza para asegurarme de que la sorpresa siguiera ahí. Lamentablemente la sorpresa me la llevé yo al darme cuenta de que el anillo ya no estaba. Al voltear a verte, te encontré tirada en el suelo, gritando de dolor y con una expresión asustada, pues ¿cómo no? Estabas en serios problemas.

A la mañana siguiente recuerdo haber despertado en el hospital, a un lado de tu cama; no te veías bien. El doctor dijo que lo que el anillo te había hecho era potencialmente mortal, por la alta concentración de plomo en su cubierta.

Prometí estar allí para ti y así fue, ahí estuve todos los días hasta que te recuperaste tú. Ese día yo comencé a sentirme mal, muy mal.

Después de ese momento, yo solo recuerdo haber despertado. Desperté con tubos en mi nariz y brazos. Intenté recordar más detalles de lo que había sucedido, pero estando tan asustado, no podía ni pensar. Sólo recuerdo que, con una lágrima en la mejilla, te despedías de mí como si supieras que no me volverías a ver. Mi gente amada estaba a mi alrededor y tú no. Pregunté por ti y todos contestaron en voz de coro que desde que entré en coma, no recordaban que yo hubiera tenido novia. Mis ojos se enrojecieron y los lagrimales se abrieron; esta vez no pensaba llorar. Decidí afrontar la situación y asimilar lo ocurrido. Aquel día, después de despertar, supe que mis fantasías, una vez

más, no lograron superar mi realidad, “nosotros” nunca existimos; “nosotros” fuimos solo un sueño. Uno del que no quería despertar. ¿Quién lo diría?



1.10 Nanita

Agueda J. Ayala Llenez, 2017

Muchas veces la crianza a la “antigua”, cuando los padres trabajan y se apoyan con las abuelas, nanitas y tías cercanas, llega a ser tan valiosa y básica en la formación, que pocas veces nos detenemos a pensar en su trascendencia, de la importancia de los lazos de afecto que se han construido y que se quedarán ahí para siempre. Estoy en tus brazos y haciéndote compañía, mientras que mi madre sale a trabajar. Sé que no era consciente en esos tiempos, pero lo que sí sé, es que era inmensamente feliz. Una parte de mi infancia la recuerdo contigo: piyamaditas, desvelos y luego, despertarnos hasta tarde, sin prisas.

Desde que era pequeña me asignaron un apodo familiar, ahora sé que surgió gracias a ti: “Chicuela”, que me encanta. También recuerdo cuando en la televisión, presentaban una horrible historia en un programa supuestamente para niños *Del Zorro*, tú me acompañabas y me decías: “no pasa nada, yo estoy aquí contigo”. “Me encanta que siempre estés para mí”, te respondía.

Asimismo, brincar en la cama era toda una aventura inevitable, como a todo niño, me divertía, llegabas molesta bajándome de ella, aunque me explicabas las razones por las cuales no debía de hacerlo.

Está en mi memoria el día en que tuvimos un accidente automovilístico, chocamos contra otro auto; tan solo era yo una infanta, así es que dudo mucho que entendiera lo que estaba pasando, no comprendía muy bien los alcances de lo ocurrido, solo lloraba como una Magdalena; no sé si lo hacía por la colisión o porque conforme pasaba el tiempo, me estaba perdiendo mi clase de ballet, que me encantaba. “Qué terrible que sucedan estas cosas y no me permitan llegar a mi sesión”, pensaba egoístamente.

Nanita, en diminutivo, pero ¿por qué? Porque, un día mi inocencia infantil te llamó Nana, aturdida tú volteaste y me dijiste: “Na...ni...ta, porque Nana es a las que se le paga para que te cuiden y Nanita, a quien lo hace por amor y gusto, y de eso tengo montones”.

En mi cabeza revolotean emociones constantes, al saberme tan dichosa de haberte conocido, porque tu simpatía y alegría, típicas en ti, entra en disparidad con tu apodo: “La Comandante”, por lo estricta y autoritaria en tu forma de girar instrucciones. Bueno, eso es lo que dicen, yo no puedo atestiguar si el apodo te venía bien o exageraban.

Recuerdo el día en que llegué de nuevo a tu hogar, pero esta vez me recibiste con una gran sorpresa...me empezaste a cantar una nueva canción, de tu inspiración:

*En la casa de la Talamante viven
tres muchachos guapos, uno se llama
Adán, otro se llama Kevin y
mi Chicuelita hermosa.*

Esos viajes a la playa que se hacían rápidamente con mi madre. Mi viaje de aquellos más memorable será, sin lugar a dudas, aquel en el que tú y yo estábamos dentro de las aguas del mar, estabas sentada y me pediste ayuda para poderte parar; en el momento en el que logramos que lo hicieras, se aproximó otra ola, te derribó y rodaste varios metros. Nos dio tanta risa a las dos, que aun en nuestras charlas lo seguimos recordando como si hubiera sido no hace mucho tiempo.

También solíamos empezar a recordar los múltiples viajes como los de placer a Monterrey, Mazatlán, San Carlos, Chihuahua, entre otros. Y los obligados viajes por el deporte, tanto nacionales como estatales, con diferentes sedes en donde siempre fuiste la porrista entusiasta y sobresaliente.

Mi día preferido de la semana era el viernes, porque era cuando las apuestas empezaban entre tú y yo. Me estoy refiriendo a la lotería, la emoción del apostar \$5.00 pesos, combinado con el gusto de comer los platillos preparados por ti, entre otras cosas; quedarte a solo una mención de ganar y... ¡Pum! Tú salías con tu chorro o llena; decepcionada me retiraba de algunas partidas, pero como tu corazón era muy grande y maravilloso, me compartías de lo tuyo, invariablemente.

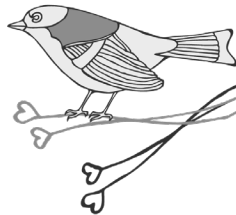
El pozole, exquisito; el menudo, fascinante; las gorditas, de otro mundo; los molletes, una sabrosura; el frijol, inexplicable; entre otras exquisiteces que he disfrutado gracias a ti y a tu mano espectacular. Sabores y olores que estarán en la memoria de mi paladar por mucho del resto de mis días y, por último, te agradeceré por inculcarme esa sapiidez mexicana.

Como usualmente lo hacía, aunque había crecido ya, fui a visitarte y nuestra plática constante empezó con recuerdos entusiasmados. Sin embargo, lo que me había parecido extraño ese día fue que te encontrabas en cama, mas no le di mucha importancia.

Me quedó un nuevo sabor de boca con la plática que sostuvimos, fue diferente y supremo; me mostraste con orgullo tus maletas de recuerdos donde abundaban riquezas y tus memorias más preciadas, lo he disfrutado tanto.

Amo ver las antigüedades, la pureza de cada perla, la presencia y brillantez del oro puro, la suavidad de la seda, pero, sobre todo, la emoción de tener entre las manos y leer de una hoja amarillenta mensajes de gran profundidad, como oraciones a la Virgen. Cosas tan valiosas y sentimentales, y más cuando son recibidas de parte de queridas y entrañables personas. He disfrutado cada momento y decidí expresarte mi sentir y agradecerte mi confianza de abrir cerrojos que eran intocables.

Cuando me di cuenta de que ella no estaba, me fue tan sorprendente que me apresuré a investigar con mis familiares qué pasaba y solo respondieron: “Aquí unidos rogando por su alma, desde hace un mes”.



1.11 Muerto en alma

Miguel Ramos Alarcón, 2018

Damasco, Siria. Bombas, armas, drogas. Todo lo que varios menores de edad solo ven en videojuegos, yo, lo escucho y siento en mi día a día. Mientras niños lloran por no tener el celular de última generación, mis amigos y yo sufrimos por comer el pan de la cena. Lo que más angustia, es que a nadie parece importarle. Muchos nos llaman mártires, yo, me consideró el niño de las mil experiencias.

20 de enero, 2018. Mi nombre es Ranim y tengo 12 años. Según mi madre, hoy comienzo mi entrenamiento para alcanzar la gloria siria. Ella me llevo a lo que parecía ser un campo de cultivo. No me lo podía creer, ¿de verdad iba a salvar a Siria cultivando maíz? En medio de todas las preguntas que me hacía, un señor alto y fornido apareció sin previo aviso golpeándome por la espalda. Iba a protestar, pero en cuanto me di la vuelta, me topé con los ojos más fríos y crueles que jamás había visto en toda mi vida. Quedé paralizado del miedo. Se presentó como general Ahmed, pero a mí me parecía más divertido llamarlo Ahmy. Al parecer, él iba ser mi supervisor de ahora en adelante. Terminando con la extraña presentación, mi madre expresó su orgullo y su confianza hacía mí, exclamando que yo sería un gran soldado para Alá. Siendo sincero, no entendí del todo su mensaje, pero me contentó que ella me valorara.

2 de febrero, 2018. A partir del momento en que mi madre se fue, empezó mi travesía en la nueva escuela. No, no era un campo de cultivo sino un internado, un internado un poco extraño a mi parecer. Ya no hay clases como matemáticas, lengua o ciencias, sino que mis nuevos profesores me enseñan materias como “logística” o “rutas de escape”. Las actividades prácticas también parecen un poco raras. Al parecer el futbol está prohibido en mi nueva escuela y nos pasamos las tardes jugando tiro al blanco con armas de verdad. Lo único normal del internado son mis compañeros de clase, le tengo cariño a cuatro en especial, Mohammed, Lina, Abdul y Abban. La verdad

adoro esta escuela, pero cuando llega la noche, me ahogo en mis propias lágrimas. No tener a mi madre o padre para darme un beso de buenas noches es algo difícil de endurar en mi día a día, no poder disfrutar de las vívidas pláticas en las que compartíamos nuestras experiencias para mí, es desgarrador. Sin embargo, estoy completamente decidido en hacer que mis padres se sientan orgullosos en mi nuevo internado. ¿Saben que es lo curioso? Ni siquiera conozco el nombre de mi escuela, pero es algo a lo que no le doy mucho pensamiento.

5 de febrero, 2018. Mohammed terminó siendo mi mejor amigo, ya que tenemos la misma edad y nos entendemos muy bien. Su hermana, Lina, también es mi amiga y nosotros tres junto a Abdul somos los estudiantes más sobresalientes del curso. Abban, bueno, Abban aprende a su ritmo. Eso sí, la amistad más fuerte es entre Mohammed y yo, ¡somos inseparables! Abdul es el bufón del grupo, mantiene al equipo de buenas. Abban, bueno, seguimos intentando descubrir que es.

13 de febrero, 2018. Las actividades extracurriculares han ido empeorando día con día. Empezamos a correr en granizo, lo cual hizo que varios niños se desplomaran a inicios de la semana. Yo, no podía fallarle ni a mis padres ni a Mohammed, así que me prepare para la carrera final, la cual se llevó a cabo ayer. Esta terminó con Mohammed en primero, yo en segundo y Abdul en tercero. Hablando de Abdul, estoy empezando a creer que el chico tiene envidia de la amistad que mantenemos Lina y yo, ya que siempre parece estar enojado cuando nos encontramos platicando. Lo único que se sabe sobre su pasado, es que su familia fue asesinada en Homs, la razón la desconozco. Algo sobre él me da una muy mala espina, siento que no hemos conocido del todo su verdadera personalidad.

17 de febrero, 2018. Tenía razón sobre Abdul, él es un cretino. El pasado 16 de febrero, el desgraciado intentó asesinar a sangre fría a Lina, casi logrando su objetivo de no haber sido por Abban. Antes de que Abdul lograría dar con Lina, Abban valientemente se interpuso entre el cazador y

la presa. Lo único que vi después fue sangre, mucha sangre, saliendo del pulmón de Abban. Estuve a punto de desmayarme, pero algo me contuvo de hacerlo, la necesidad de salvar a mi amigo. Rápidamente puse mis manos sobre la herida, llenándomelas del asqueroso y viscoso líquido rojo. En cuanto Lina cerró la herida, me desmaye, el miedo e impotencia de tan solo pensar en perder a Abban fue demasiada presión para mí... Al despertar, Mohammed me puso al día. Abban había sido dejado a su suerte por los generales, así que él y Lina decidieron atenderlo en su carpa. Abdul, para nuestra fortuna, fue detenido por Ahmy. Lo que no entiendo, es como fue capaz Abdul de tal atrocidad, ¿qué clase de monstruo sin sentimiento es? ¡Él era nuestro amigo! ¡Él era el espíritu alegre del grupo! Aunque no lo entienda, Abdul sigue siendo mi amigo y estoy preocupado por él. ¿Qué castigo tendrá guardado Ahmy para él? Me habría quedado la noche entera pensando todo tipo de preguntas sin respuesta, pero Lina necesitaba mi ayuda. El hecho de que su mejor amigo estaba muriendo en su carpa la dejó destrozada y, la verdad, no la culpó.

27 de febrero, 2018. Era un día cualquiera en la escuela, el día se encontraba soleado, pero también tenía esa clásica brisa fría que te pone de buen humor. Sentí, que este era el día perfecto para despejar mi mente. Decidí dar un paseo por el “patio” de la escuela, cuando en el recorrido, me encontré con algo realmente sospecho entre los arbustos. Ojalá no hubiera seguido mi instinto, porque lo único que encontré al husmear fue la muerte. El cuerpo ensangrentando y sin vida de Abdul yacía sobre el césped. Yo no le deseaba la muerte. ¿En que estaba pensando Ahmy? Intentar asesinar a una persona merece un castigo severo, ¡pero definitivamente no la muerte! Ahora me pregunto, ¿en qué clase de internado me encuentro? Primero, un niño descerebrado intenta asesinar a mi mejor amiga por la noche, dejando en el proceso a mi amigo medio muerto, ¿y ahora ese cobarde aparece muerto frente a mis narices? Decidí preguntarle al general Ahmed los motivos del asesinato, yo merecía una respuesta. Mi “prepotencia” fue castigada con diez latigazos. Rogué por misericordia, pero mis plegarias fueron en vano. Puedo decir, sin ninguna pena, que cada latigazo soltado era una lágrima soltada por mis ojos,

cada golpe de furia, eran chorros de sangre que se escurrían por mi espalda. Ahora me pregunto: ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Cuál es mi propósito?

1 de marzo, 2018. Estos últimos días me estado preguntando en qué clase de escuela estoy aprendiendo. Mi espalda ya no siente dolor, mis ojos ya no tienen lágrimas que salpicar. Han pasado dos semanas y Abban no se ha recuperado de su herida y justo cuando piensas que ya nada puede salir mal, te bombardean. Me pregunto: ¿quién puede ser tan sanguinario para bombardear una escuela? ¡Tres niños fueron asesinados! ¿Cómo carajos pueden dormir en las noches? Necesito conseguir respuestas, pero temó que mí pregunta se convierta en una dolorosa muerte. Mi único consuelo es que Mohammed y Lina están sanos y salvos.

10 de marzo, 2018. Hoy por fin decidí preguntar al general Ahmed sobre cuál era mí propósito en la escuela. Sorpresivamente, con voz tranquila y serena, me respondió con solo tres palabras, “salvar a Siria”. ¡Yo ya sabía eso! Pero, ¿cuáles serían los métodos a seguir? Yo sé que mi país es una zona de guerra, pero nadie bombardearía una escuela destinada a salvar a Siria. ¿Acaso este lugar es simplemente una escuela o Ahmy nos esconde un secreto?

14 de marzo, 2018. Hoy, toca robar. No lo haríamos si no fuera urgente, pero Abban necesita medicinas. No lo podemos dejar morir, no podemos dejar que muera una sola persona más. En el campamento, solo hay un depósito de medicina, el cual es resguardado por decenas de soldados. Pero, a los generales se les pasó un pequeño detalle, cubrir las alcantarillas. Lina ya me está llamando, es tiempo de irse. Ah, una última cosa, deséenme suerte.

16 de marzo, 2018. Atrapados. ¿Las alcantarillas? Una trampa ¿Cómo pudimos ser tan ingenuos? Creer que los generales dejarían un punto ciego, ¿suena idiota verdad? Todo por no investigar bien el área, todo por no darme cuenta de una pared de concreto ¿Cómo pude ser tan desapercibido? ¡La vida de mi amigo dependía en esto! ¿Cómo pude equivocarme de esta manera?

Saber que Abban sigue sin sus medicinas, ¡es simplemente aterrador! ¿Cómo pensamos en salvar a nuestro amigo, si ni siquiera podemos mantenernos a salvo nosotros mismos? Necesitamos encontrar una solución rápido o será demasiado tarde para Abban.

18 de marzo, 2018. Tan cerca pero tan lejos. Nunca entendí el refrán hasta el día de ayer. Lograr escapar por las alcantarillas, junto con las medicinas, solo para llegar con nuestro compañero agonizando de dolor. Sí, Abban murió de tétanos el día de ayer. Llegamos muy tarde, él ya no tenía cura, la infección ya había avanzado demasiado. Lo único que pude hacer fue consolarlo en su dolor. Otro valioso amigo caído, otro niño inocente muerto y, lo más odioso de todo, es que nadie se dio el tiempo para enterrarlo, nadie se dio el tiempo para despedirse. ¿Acaso solo somos algo desechable para el grupo?

25 de marzo, 2018. ¿Se han preguntado si el único propósito de la vida es torturar, de la manera más dolorosa posible? Si su respuesta es no, déjenme ponerlos al día. Los ataques terroristas son algo de lo que ya estamos acostumbrados, bombas, explosiones, muertes etc. Sin embargo, tomar secuestrado a mi mejor amigo y llevarlo lejos de mí, es algo a lo que no estoy acostumbrado. Dejar a mi mejor amiga sin ninguna familia, es algo que mi alma ya no puede soportar. ¿Saben que es lo peor de todo? A nadie parece importarle, todos siguen con su vida diaria, como si nada hubiera sucedido. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde. Mohammed, espero de todo corazón que algún día la vida nos permita rencontrarnos...

27 de marzo, 2018. Hoy, es mi cumpleaños. Puedo decir con total certeza, que este ha sido el peor cumpleaños de mi vida. ¡No recibí ningún regalo en todo día, ni tampoco ningún pastel! Ninguna carta felicitándome, ni tampoco una fiesta para festejar mi día especial... A quién intento engañar, lo único que quiero es a mis padres y a Mohammed aquí. ¿Cómo se puede ser tan infeliz en la vida? ¿Cómo es que la vida le quita tanto a unos pocos? Lo único que me mantiene fuerte es el hecho que no puedo mostrar ninguna

debilidad, ya que soy lo único que mantiene a Lina con la fuerza de seguir aguantando este infierno. En fin, al parecer tengo que emprender un viaje a la ciudad de Alepo, Ahmy nos dijo que esta actividad vale el 70% de la calificación. Pero tengo curiosidad, ¿será este un simple viaje o será otra pesadilla de la que no podré escapar?

4 de abril, 2018. Alepo, la segunda gran ciudad siria, la capital de la provincia homónima, totalmente en ruinas. Muertos, sangre, incluso carne humana en estado de degradación. Por fin todo tiene sentido, los ataques, los bombardeos, nosotros somos el enemigo, nosotros somos ISIS. Lo que más me quiebra, es el hecho de que yo ya formo parte de esta masacre. Con toda la tristeza y rabia del mundo, he de admitir que he tenido que matar a varias personas para poder salvar mi miserable pellejo. Mi único consuelo, es que Lina ha logrado sobrevivir. Sin ella, no creo que pudiera contener la tentación de poner una bala en mi cabeza.

7 de abril, 2018. Hoy, el grupo extremista yihadista ISIS, me vendió sin ningún remordimiento a un tal grupo de nombre Al- Qaeda. El intercambio fue llevado a cabo por Ahmy y un señor que infundía miedo solo con su presencia. Ahmy nos lo presentó como el general Abbat. El pasado de este señor es desconocido, pero según los rumores, el estranguló a sus familiares de uno en uno, hasta que asesinó a todos y yo no pienso ser el que compruebe estas suposiciones. El intercambio, consistió en tres niños y dos niñas. Afortunadamente, Lina también fue vendida junto conmigo, no sé cómo podría vivir sin ella. Ahora, si yo pensaba que ISIS eran unos monstruos sin corazón, la manera en la que Al- Qaeda y el general Abbat tratan a sus soldados es horripilante. Solo comimos tres veces en toda la semana, recibimos palizas como castigo por equivocarnos en las plegarias y el general nos utiliza como ratones de laboratorio. Además, que corre el rumor de que los generales abusan de las niñas recién ingresadas a la célula, esto incluyendo a Lina. Si tan solo encuentro un indicio de que Lina es violada por alguno de los superiores, los mató lentamente a cada uno de ellos. Pero hasta que confirme los rumores, tengo que seguir concentrado en asesinar por lo que las personas llaman la

gracia de Alá. Les confieso, que no importa a cuántas personas mate, nunca logró olvidar las caras de aquellos que caen bajo mi navaja.

9 de abril, 2018. Llorar de felicidad, ¿saben que casi olvidó ese sentimiento? Entonces no se podrán ni imaginar cuantas lágrimas derramé al ver a Mohammed, vivo, en Al-Qaeda. Pero quien de verdad lloró como una beba fue Lina y, ¡cómo culparla, su hermano había vuelto de la muerte! Esto era justamente lo que necesitábamos, alguien quien nos regresará la esperanza y vaya que nos la devolvió. ¿Alguna vez habían escuchado de la base militar Shayrat? Yo no, hasta que Mohammed nos relató su historia. Resulta que mientras se encontraba secuestrado, los contrabandistas sumárianos y él se vieron obligados a esconderse en la base mencionada, a la cual llegaron mediante unas alcantarillas. Inteligentemente, mi amigo se memorizó todo el recorrido y nos contó él plan más sencillo para nunca volver a matar, esconderse.

11 de abril 2018. Le doy gracias a Alá, por el descubrimiento de la base Shayrat. Desde que nos aventuramos en la base, no hemos tenido ningún contacto o avistamiento con el mundo exterior, además de descubrir lo que la gente llama paz interior. En estos momentos de paz, Mohammed nos confió su sueño, escapar de Siria. Lina y yo nos reímos por su ingenuidad, pero como dice el dicho, “el que ríe a lo último, ríe mejor”. Nos contó sobre las lanchas, que navegan por el Mediterráneo, testimonios de sirios viviendo en Grecia. ¡Incluso nos relató de sirios exitosos en generar dinero! Mientras él hablaba, mis ojos se abrían cada vez más y más. Estaba decidido, nosotros escaparíamos de Siria.

20 de abril, 2018. Era un día tranquilo en nuestro وسى اراب (paraíso), cuando de repente, se escuchó un estruendo en las afueras de la base. El problema es que esas no eran bombas de Al-Qaeda, ya que estas eran demasiado grandes y poderosas. Y así empezaron a caer decenas de ellas, con la mala suerte que una explotó en el pilar principal del edificio. Para nuestro infortunio, el pilar cayó justo en la pierna derecha de Mohammed, dejándolo

atrapado entre los escombros. Yo debía, no, yo tenía que salvarlo, ¡él era mi mejor amigo! Mi alma no soportaría perderlo otra vez, ¡por fin lo habíamos encontrado! ¡No podía desaparecer frente a mí! Para que mentir, lo que de verdad me dolía, lo que de verdad me mataba por dentro, era ver el miedo de Lina. Ella gritaba, pataleaba, forcejeaba para salvar a su hermano. No podía permitir que presenciara la desaparición de Mohammed, no me lo perdonaría. Hubo un punto en que las bombas caían como relámpagos, ¿Acaso eran infinitas? No hubo más remedio que buscar refugio por un tiempo. Por fin, cayó la última bomba, se formó un silencio atemorizador. Lina corrió a donde se encontraba Mohammed, él estaba muerto. Un inmenso pedazo de concreto impactó en su cabeza, escurriendo su sangre, no, su vida por mis manos. Volteé hacia mí derecha, cascadas de lágrimas caían de los ojos de Lina, estas mezclándose con la sangre en mis manos. La receta perfecta para quitar la esperanza y causar dolor, estaba mezclada en mis manos. Nosotros teníamos un sueño, el sueño de la libertad, el sueño de vivir una vida tranquila con nuestras familias. Habíamos logrado escapar de Al-Qaeda y Abbat, ¡habíamos logrado lo imposible! Pero la arrogancia y prepotencia de los presidentes occidentales mató a Mohammed y con todas las esperanzas de una vida mejor.

26 de abril, 2018. Volver al campamento, suena increíble, ¿no? Tanto tiempo pensando en cómo salir del infierno en tierra, para simplemente volver a él. La tortura emocional, la tortura de saber que sigo vivo, ya es más grande que la tortura física. La base Shayrat ya no es nada más que un recuerdo, un bonito recuerdo que contenía los sueños de tres niños. Lina, algo cambió dentro de ella. Ya no es la misma niña bondadosa que solía conocer, ¿qué hicimos para merecer esta carga? Lo único que deseaba con todo fervor, era la vida de una persona, no, la vida de un niño normal.

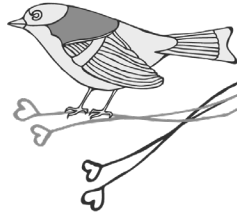
1 de mayo, 2018. Muerto en alma. ¿Empatía? No la siento hace semanas. Lo único que me mantiene con vida es cumplir nuestro sueño, el sueño de la libertad. Sé que es rápido, pero me tengo que ir, mi barco está apunto de

zarpar hacia Grecia. Lina, si llegas a leer esto, búscame, al fin y al cabo, tú sabes dónde encontrarme...

Nunca se volvió a tener ningún avistamiento de Ranim. Se cree que la lancha en la que viajaba no pudo llegar a su destino por las malas condiciones en las que se encontraba. Su condición es totalmente desconocida, aunque su caso sigue siendo investigado por la ONU.

Su diario, fue encontrado en la ciudad costera, Tartus. Se ha difundido por todos los medios principales del mundo, contando la historia del proclamado “Niño de las mil experiencias”.

Hay que recalcar que “Muerto en alma”, es un cuento ficticio. Sin embargo, tragedias como esta ocurren con frecuencia en Siria. Según el periódico *El País*, más de 500 mil personas han muerto desde que empezó esta terrible guerra.



1.12 Tiempo a tu lado

Rosa María Soto, 2018

De: Un poeta

Para: Enamorarnos más... O tal vez menos.

—*Quiero quedarme, pero tengo que irme.*

—*Quieres irte, pero te quedas.*

Los cambios están presentes, a veces son buenos y a veces no. Sentir dolor por esa transformación no significa que sea protervo, ni tampoco que lo sentirás para siempre. El tiempo nos cuidará. Mi historia, mi amor y mi olvido.

Cuando realmente me enteré de su ausencia, algo dentro de mí se lastimó, se rompió en pequeños pedazos. Dejó de existir.

El cuerpo muere, pero el alma se queda rondando por los pasillos. Para unos es inquietante ver la sangre derramándose del cuello de la víctima recién degollada. Pero para otros, es preocupantemente emocionante. ¿Quién soy yo para juzgar? En cualquiera de las dos patologías, el final es el mismo; los restos se entierran, pero la mancha no querrá despegarse del suelo si te aferras a ella. La contemplas, y es justamente ese momento, que decides morir tú también.

Es inevitable no recordarlo sonriendo por las mañanas, quebrando mi voz con sus firmes preguntas. Tenía que verlo sin parpadear, porque cada instante contaba, no se aceptaban descuidos, ni mucho menos desperdicios. Él pertenecía a mis pensamientos, en el Sol y en la Luna, se escondía por el interior de la muchedumbre, pero siempre relucía de cualquier otra persona. Se asemejaba a esa luz al final del túnel que todos algún día conoceremos, pero con la imperdonable diferencia de que yo aún seguía con vida.

Solían caer miles de lágrimas por mis pómulos, eran tantas que las devoraba con mis papilas. Sabían a falsas ilusiones y a dulces lejanos recuerdos de su triste mirada. Regresaba a cada lugar que él jamás habitó, pero se sentía su presencia al oler una fragancia de sarcasmo e inteligencia en el dormitorio.

Es verdad que los sentimientos son neutros, no existen emociones sino hasta el momento que decidimos animarlos con la ayuda de una pequeña dosis de cocaína. Al principio es curiosidad, pero después se convierte en enfermedad, porque perdemos el control de una manera impredecible. De la misma forma, la pasión me pegó como una de las peores enfermedades, de esas que atormentan y que son desdichadamente terminales. Sus ojos y mejillas coloradas no ayudaban en lo absoluto, era un tipo de juego mental en el que ser el Dr. Dolor, era su protagonista en aquel elegante largometraje de medicina forense de un amor incomprendido.

—*No logro entender el universo.*
—*Solamente tienes que verte en un espejo.*

En la perspicacia de mis acciones, se encontraba la espontaneidad de todo el afecto que fluía hacia su persona. Amaba la humedad de la superficie de sus labios rojos y aún más cuando hacía resplandecer sus dientes por cordialidad. En lo profundo de un corazón joven ya vivía una industrializada ciudad de irreal entusiasmo, que me provocaban los fragmentos de un hombre amable y personalmente apuesto. Me decían que era natural enamorarme tan perdidamente, pero mi subconsciente sabía que corría el riesgo de caer desde un avión sin paracaídas. Podría ser yo la próxima víctima y perder todo sin ni siquiera haber sido su dueña. Caí en el océano, y aunque no me sorprendía a mí misma por esos sentimientos tan recónditos, entendía que era indispensable emerger al exterior para tomar aire y después regresar a ahogarme de nuevo en su saliva.

Me permitía de vez en cuando enrojecerme en conversaciones nada relacionadas con el amor. Hablábamos de la radioactividad de los agujeros negros y de su penetrante misterio en el que al menos yo moría por descubrir precipitadamente, porque me cautivaban los enigmas intensos y peligrosos que él me explicaba de una forma encendida y agitada. Podría decirse que mis intenciones eran masoquistas al lastimarme sin razón alguna, pero reventaba por dentro si no percibía su respiración. Amargamente, en él, encontré el veneno perfecto para morir un rato todos los días.

Existían inconmensurables canciones que le dedicaba antes y después de dormir, que tarareaba con mucha ingenuidad y que, sin darme cuenta, pasaban horas mientras él caminaba por mi mente en cada silbido de mis labios cerrados. Como una inusual travesura del destino llegó tan perfecto a mis sueños, en los que Dios me vigilaba para no perder la cordura, pero naturalmente se cansó y decidió tomar una siesta. De esa manera, sus ronquidos fueron el dulce nacimiento de los impulsivos latidos de mi corazón inexperto.

Así corrían los días, como si volviese a reproducir el mismo acetato una y otra vez; exactamente la misma melodía y exactamente los mismos pasos de baile. Era de esperarse que mi plan no rindiera frutos, o al menos no por los que yo esperaba. El tiempo cada vez parecía más apresurado y dejar de observar sus ojos rasgados no era la opción que me apetecía probar en aquel entonces.

—*¿Cuál es el momento perfecto?*

—*Cuando no te lo esperas.*

Dicen que a los niños les gusta vislumbrar minuciosamente las nubes cuando salen a dar un paseo por el parque con luces de atardecer rojo, porque en ellas proyectan los sueños más emocionantes que tuvieron una noche antes. Por el contrario, yo solo proyectaba a mis pesadillas y a todos los demonios con los que su caballería me embriagaba. En algunas ocasiones pensaba en convertirme en astronauta, para así poder investigar sus lunares, y que las ausencias de gravedad de sus caricias me hicieran perderme en el camino de regreso hacia la Tierra.

No había mejor brindis que el pestañeo de su mirada y no había mejor novela romántica que cada surco de su piel. Escrita en braille, pues mi impaciencia anhelaba leerla con una venda en los ojos. Con él, quería hacer cosas que jamás olvidaríamos, una lista larga de desaprobadas escenas obscenas. Sumergirme en su cuerpo y esperar a que la noche nos desvistiera, después ver la forma de nuestros pecados en el cielo y presumir de las tantas imprudencias que cometíamos por el simple hecho de ser dos seres apasionados.

Tan ansiosa como la risa por debajo de mis sábanas, gozando de ese cuento erótico y sin tener una mínima idea del desenlace. De repente me

dejé llevar y disfruté de cualquier locura que se venía por delante. La razón era inapropiada, la filosofía se descomponía, la verdad se disolvía como en una solución homogénea, el miedo se marchaba y la vida bien acompañada de la devoción, seguía caminando dentro de cada célula de su desconocido cálido cuerpo.

—*Tuve un sueño en el que curaste mis heridas.*

—*Lo haría mil veces más.*

Apenas iba conociendo los susurros, los nervios, los temblores y el dolor. Era nueva como la integridad de una gema, con una vista por estrenar y un espejismo que descubrir. Mi pecho golpeaba a mi valor para deshacerme de tanto amor, pero no con la fuerza suficiente. Aún lo amaba y eso nadie lo entendía, ni siquiera yo.

Mis guiños se sincronizaban con los suyos, sus movimientos con los míos y la respiración de ambos se agitaba al presentirnos. La decisión fue propia, pero la sobriedad no era disfrutable, me perseguía a cada momento, corría al mismo tiempo que yo lo hacía, me llamaba a todas horas y a deshoras. No quería acostumbrarme a ese camino, ni atravesar la misma ruta cada lunes por la mañana. Ni tropezarme con la misma rama de fresno al distraerme por mirarlo en los pasillos.

Las puntas de sus dedos eran como pipas que regaban mi piel, con paradas específicas donde existía mayor sequía; lo hacía despacio. Me gustaban, me affligían y me volvía adicta a ellas. Tenía la manía de querer resplandecer guaridas que otros habían destrozado, de alimentarlas con un candelabro y de dejarlas encendidas hasta el amanecer.

Él frenaba la parte izquierda de mi cuerpo, la mantenía pegada a la cama, a su lado. Besaba mi cuello sin ternura, más bien lo mordisqueaba con euforia y en cuanto cerraba mis ojos, de repente, empezaba a desangrarse.

—*¿Qué tan subjetiva es la literatura?*

—*No existe la subjetividad, todo sucede y es real; inclusive solo lo que está dentro del corazón.*

Después de los cosquilleos de garganta, venía lo mejor del momento, como si él supiera mis puntos débiles, pero siempre prefería tocar los fuertes. Cada imaginación que mi incrédula mente preparaba se volvían reales durante su estadía en mi espalda, en esa órbita de vaivenes, cada poro se afloraba como un par de alcatraces blancos, frescos y susceptibles.

Un mechón de cabello caía por su frente y nos estorbaba en algunas ocasiones, lo retiraba y regresaba al mismo sitio. Esa fue la más clara memoria del distinguido momento perfecto, porque, aunque sí me lo esperaba, lo gozaba de igual manera. De puntillas y con los zapatos en la mano, lo dejaba por las madrugadas. Sentado en la terraza, fumando un cigarrillo, mientras que leía aquellos tristes libros de amapolas.

No esperaba a alguien que me acompañara a descifrar laberintos, sino a alguien a quien pudiera tomarle la mano cuando sintiera miedo y bebernos una copa de vino en la salida para celebrar. Quería a alguien que me enseñara a leerle la mirada, a leer el mejor libro escrito en el mundo llamado: sus ojos.

*—Querer es poder.
—Entonces yo te puedo con todo mi corazón.*

Durante desvelos y halagos nos entretuvimos. Mirándolo derretirse entre mis manos, disminuyendo su fuerza y quedándome solo con las plumas de sus alas.

Tuve que aprender a no mendigar amor y a deshacerme de esos apegos emocionales que destruían mi corazón, a intentar repararlo y a dejarlo sanar a la intemperie. Estaba dispuesta a arder hasta llegar a cenizas, pero no había fuego disponible para quemarme, aunque en mi espalda hayan quedado trincheras después de tantos arañazos, no fue suficiente daño para alcanzar a tocar el interior de mi poesía.

Pasaron cuatrocientos ochenta y siete días. Un mes. Y aún no se terminan las semanas. Me quedan las horas, los minutos y los segundos me los guardo para las prisas. Un vaso de tinta no alcanzaba para escribir el libro de lo que sentía por él y por ellos. Así que decidí dejarlo en seis páginas de dos mil palabras y las que sobraban eran las que ya no significaban nada.

Durante todo el tiempo que pensaba en su piel, su mirada, su boca, su cabello ondulado y en sus débiles argumentos de amor, nacieron casi ciento ochenta y un millón de vidas alrededor del mundo, así que valió la pena esperar una respuesta inadecuada a mis dudas. Después de todo, ¿A quién se le ocurre jugar y apostar el corazón en vez de las cartas?

—*Te confieso que le daría la vuelta al mundo en ochenta versos.*

—*Solo para poder besarte.*

Ante la adversidad de nuestros sentimientos, las emociones se entrelazaban sin mirarse la una a la otra y eso nos gustaba, porque no se trataba de ver ni escuchar, sino de palpase con el dorso de la mano y atravesarnos con los nudillos los hoyuelos de Venus.

Bien por aquellos que se disfrutaban día a día y que son capaces de amarse durante toda una vida. Ver atrás del camino recorrido, trae consigo increíbles recuerdos que se plasman sobre la persona que en algún momento trazó una sonrisa en tu rostro. No todos los finales son felices, ni los comienzos tan tormentosos, el medio del amor es lo que realmente importa y ni siquiera nos damos cuenta de ello.

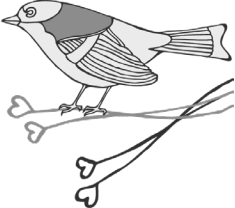
Cada etapa termina, aunque nos atrasemos o nos adelantemos siempre viviremos la dicha de haber amado con todas las fibras del corazón, y no nos lamentaremos de que se hayan roto de un día para otro. Vale la pena correr el riesgo de querer, de enredarse y de encontrarse a uno mismo en medio de un bosque desolado. Soy más de contar con palabras escritas y de mantener el silencio oculto cuando me apasiono, pero sí lo siento.

El tiempo sigue y no se detendrá, los cambios también van y vienen, pero yo me quedo con la memoria de sus brillantes ojos negros. Todo valió la pena, porque la vida, durante este tiempo, la pasé a su lado. Justo antes de que mi alma se desprendiera.

—*¿Qué es lo que podrá salvarnos de morir?*

—*El amor nos salvará de la vida.*

Eiya. La imaginación tiene alas



1.13 Un mundo tan sencillo

Jun Obana Sameshima, 2017

“Él le hablaba al viento y este mismo le respondía, buscaba la respuesta y solo más preguntas encontraba, ¿Qué hacía el exactamente en ese lugar?”

Martes 17 de enero de 2030

El cielo gris y el olor de la tierra mojada, creaban una atmosfera totalmente impresionante. La panadería Chez Alphonse frente al hospital “Le Grand Mouraud”, recién había horneado la primera ronda de pastelillos escoses con crema belga, acompañada de la más grande delicia para todo ser humano a lo largo y ancho de la gran manzana, el famoso café de arena de las hermanas Wright.

—Por favor, pásame las pinzas de corte, androide M3K2—dijo el Dr. Mathew.

—Enseguida, iniciando protocolo de limpieza #1576, pinzas de corte totalmente desinfectadas, aquí tiene doctor, sus pinzas— M3K2 respondió

—Muchas gracias androide, ahora comenzaremos el chequeo de rutina por todo el cuerpo del paciente, buscaremos alguna anomalía o problema que tenga en su sangre y dependiendo de esto, le daremos su diagnóstico— dijo James antes de colocar los parches superiores.

— Me parece que tenemos algún tipo de cáncer, cerca de la zona lumbar inferior y uno bastante avanzado, múltiples ramificaciones han crecido infectando cada centímetro del cuerpo del paciente. Posible esperanza de vida, diez días” —.

En ese momento todo el protocolo efectuado fue restaurado, para así poder permitir el reposo del paciente en etapa terminal.

Apenas había salido el sol en la mañana del día siguiente, cuando la terrible noticia se le tuvo que dar al paciente.

—Hola buenos días señora Anne, temo que mis terribles sospechas sobre el crecimiento de su tumor, han sido acertadas, las células cancerígenas se han esparcido tres veces más rápido de lo esperado— y con una voz entrecortada James dijo—solamente le quedan diez días de vida—.

—Muchas gracias mi querido James, haz hecho siempre un buen trabajo, desde pequeño tu gran intuición nunca ha fallado y tu gran talento ha hecho milagros por muchas personas y también por mí. Sé que tu padre estaría tan orgulloso de ti en estos momentos, como yo lo estoy hijo mío, no temas por mí, que yo ya he vivido más de la vida que se me fue dada, gracias a ti— dijo Anne, con su dulce y débil voz.

— Gracias a ti mamá, por haberme cuidado desde el día que nací, por haberme querido tanto y por siempre creer en mí, habré hecho todo lo posible para detener el cáncer en tu sangre, pero ambos sabemos que como a papá, una vez que el cáncer se aferra, nunca sale. Es un miserable, un miserable incurable— dijo James.

— Pero al menos que buena pelea le hemos dado, ¿no lo crees? Aun cuando tu padre era más fuerte que yo, no resistió tanto como yo lo he hecho. Pobre viejo, de seguro lleva muchísimo tiempo esperándome— dijo Anne con una sonrisa rota y ojos llorosos, a los pocos segundos de decir eso, un anuncio se escuchó desde el parlante que estaba atornillado a la pared.

—Doctor James, se le solicita urgentemente en el área de cirugía, hay complicaciones en el sector de hemorragias—.

—Anda ya, que tienes vidas que salvar, te necesitan— dijo Anne.

—Está bien madre, regreso en un momento. Dejaré a M3K2 a que te haga chequeos constantes, nos vemos en un segundo—.

A los pocos minutos M3K2, comenzó el proceso de chequeo mediante rayo infrarrojo y como era de costumbre, su programación de aprendizaje respecto a experiencias se activó, ya que había algo anormal en la actitud del paciente. No es que él no pudiera distinguir las emociones, era solo que no podía entender cómo Anne, la madre del doctor más famoso en Nueva York, no pudiera haber elegido la famosa transferencia de mente-androide con sensores que harían de su vida, tan normal como la de un humano, en cambio escogió el tratamiento rústico y rudimentario de la quimioterapia, sellando

su inminente muerte, aun cuando el desempeño fuera del 99.99% igual que el del cuerpo humano, ella se negó.

—¿Me permitiría preguntarle algo señora Anne? Es mi programación la que me hace tan curioso, lo siento— dijo M3K2.

—Claro que puedes, ¿qué te podría responder alguien como yo? Cuando lo sabes todo—le respondió.

—¿Qué fue lo que la detuvo a tomar el tratamiento especial que tanto le ofreció el doctor James? ¿Y cómo aún con sus pocos días de vida, pueda seguir tan feliz? — preguntó M3K2.

—Ay M3, soy una persona que ha vivido ya lo suficiente como para contar historias por toda otra vida, así es la vida del ser humano, tiene que ser limitada para tener sentido mismo, si las personas fueran inmortales, ¿crees tú que tendría sentido el amar a alguien, si se tuviera toda una eternidad para hacerlo? El tiempo es una medida imaginaria que ha usado el ser humano para sentirse presente en el universo, buscando un principio y final. Si mi tiempo fuera infinito, toda mi vida perdería absolutamente todo su sentido. A demás, ¿cómo podría yo, presumirle todo el tiempo más que estuve en este mundo a mi querido Abdel? Sin mencionar que ya le llevo diez años de ventaja— rio, por último, con un suspiro y una mirada de ternura hacia el androide.

—¿Pero porque no vivir más? ¿Por qué no vivir unos cuantos años más, en otro cuerpo temporal? Sin cáncer y sin dolores. ¿A caso no le gustaría tener una vida más larga? — preguntó M3K2.

—Una de las interrogantes, más grande de la existencia humana, ha sido conocer su propósito en la vida, ¿cuál es el sentido de la vida? Pasamos toda una vida tratando de buscar nuestra razón de haber nacido, es hasta muy tarde, cuando nos damos cuenta, que la verdadera respuesta a este enigma, está en la misma pregunta. Vivir, es la respuesta. No solo vivas una vida larga, ni vivas una vida llena de remordimientos y odio en tu corazón, simplemente vive tu vida— dijo Anne.

—Gracias dulce señora, por recordarme que soy muchas más que solo un androide. Sino una persona que hace mucho se aferró tanto a la vida, que no pensó que se convertiría en un alma atrapada dentro de una máquina,

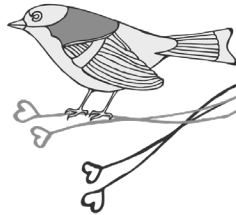
pero hoy ha llegado a su final, para finalmente completar mi propósito en la vida, comando #9871 desconectar y borrar memoria— así de pronto los ojos del androide M3K2 soltaron una última lagrima antes de volverse oscuros como la noche.

Y así como ese día, Anne cerro lentamente sus ojos y con una última sonrisa, cayó en el sueño profundo.

Eran tan solo las 11 de la mañana y apenas salía el café.

A veces pienso y me cuestiono, ¿por qué las preguntas más sencillas tienden a ser las más difíciles de responder? ¿Qué pasaría si de repente el mundo se llenara de preguntas sencillas, dando por consecuencia la desaparición de las preguntas complicadas? Irónicamente viviríamos en un mundo tan complicado, en el que ninguno sabría responder. En un mundo donde las personas pasarían toda su vida buscando la respuesta, sin encontrar alguna. El hombre se preguntaría, la razón de su existencia. Llegando a darse cuenta de que lo que en verdad busca, es lo único que le falta.

Las complicidades o las preguntas complicadas son las que ayudan al hombre a entender que un mundo sencillo no puede existir, ya que, para poder responder las preguntas más fáciles, tenemos que hacernos las más complicadas, que nos ayudarán en nuestro camino por esta vida tan sencilla.



1.14 La sexta gota derramada

Susana Navarro, 2016

Jesusa trataba de recoger la esponja para maquillarse, cayó justamente por debajo de la silla en la que se sentaba frente al tocador; se encontraba en la rutina de acicalarse antes de dar inicio a sus actividades cotidianas. El calor de agosto inundaba ya a esas horas de la mañana y sin saber si era ella, calculó que, de seguir así, seguramente hacia el mediodía estarían llegando a los 50 grados si no llovía. Ojalá que no llueva- pensó y es que con toda la ropa que estaría tendida en el patio después del lavado, no se imaginaba en dónde colocaría tantas prendas para que secaran.

—Cómo odio que se me caigan las cosas de las manos— gritó mientras hacía un esfuerzo por alcanzar el instrumento para distribuir la crema sobre su rostro.

—¿Qué dices? — preguntó una voz lejana.

—Nada— respondió con un poco de irritación. Creyó sentir una molestia más fuerte que las experimentadas en los últimos dos meses, era en la parte baja de la espalda y hacía eco en el vientre. Se quedó expectante, como si esperara oír algún mensaje, ¿acaso era una señal importante de lo que se acercaba? - reflexionó y utilizó los dedos de las dos manos para contar, 2, 3, 4, 6, 7, 8 y al llegar al dedo anular de la segunda mano alguna cuenta parecía no cuadrar e iniciaba el conteo de nuevo: 2, 5, 6, 8...

—¡A desayunar! — se oyó decir mientras un sonido opacaba sus propias palabras. De nuevo se le cayeron las cosas de las manos, ahora la vajilla en que iba a servir la comida; será cuestión de recoger los restos de loza y sacar otros platos.

—¡Diantres! — dijo y sintió que alguien le ayudaba a incorporarse y le decía que no pasaba nada y se ofrecía a recoger las piezas quebradas—No te preocupes que no es para tanto y deja de agacharte, ¿por qué no me pides ayuda? —.

—Pues como si supiera que se me va a caer— le contestó.

Pasó parte de la mañana con sensaciones asociadas a otras que creía que había olvidado, pero las ignoró y simplemente se recostó en la orilla de la cama con los pies sobre una almohada, necesitaba descansar antes de que las obligaciones del mediodía se le juntaran con las de la mañana, pero no lograba recomponerse y en ello pensaba cuando sin proponérselo se encontró en medio del sueño, que cada vez le costaba más y más conciliar y se dejó llevar.

—¡La 1 de la tarde! Por Dios qué floja me estoy haciendo, no es posible— se dijo con reproches al tiempo que calculaba que acababa de recibir una descarga eléctrica en la parte baja izquierda del vientre. Volteó ligeramente la cabeza pues sintió que la miraban y se encontró con cinco pares de ojos de todos tipos, formas y tonos que la seguían en cada movimiento que hacía, decían mucho, pero sin palabras. Se incorporó de inmediato y de nuevo una punzada ahora más fuerte y luego de diez minutos, otra vez. Se llenaba de sudor y alguien con bastante tino secaba la humedad de su frente, entre desmayo y desmayo, dolor, agudo, cada vez más persistente y después, sueño, calor, sudor, lágrimas.

—No tengo lágrimas ni sudor, me estoy secando ya— suspiró.

Despertó con una intensa luz sobre su cuerpo, oía, pero no entendía una conversación que parecía tratarse de ella o de alguien que iba a llegar.

—Dilatación insuficiente, urgente intervención—.

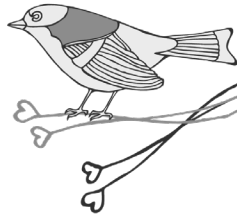
“Querida hija, estoy muy asustada y enojada porque a pesar de que pasaste por momentos tan difíciles hace casi tres años, aquí estás otra vez jugándote la existencia, qué desconsideración la de tu esposo, médico tenía que ser”, recordaba esas palabras leídas en una carta y conforme las traía a la memoria, alguien se resistía a llegar, y el dolor comenzaba, otra vez lágrimas y más cólicos, desmayo, desvanecimiento y mucha urgencia sentida en la sala en que yacía con una luz cegadora que le provocaba ganas de no abrir los ojos.

—Bisturí— pidió alguien y dio inicio el inminente acontecimiento que se había gestado durante casi nueve meses y que culminaría con... ¡enfermera!

—Empiece a contar en forma regresiva porque ya estamos próximos al final—. Empezó la lucha, de un lado se encontraban los de azul peleando

y arrebatando algo que de alguna manera sabía que me pertenecía, yo del otro lado, los podía sentir próximos, muy cercanos, me asustan, me buscan, trato de esconderme, pero es tarde; al parecer me encuentran extraña, será que vienen a... imposible refugiarme donde antes, hay mucha luz, frío, debo expulsar algo y desprenderme, siento que me voy al abismo y de pronto alguien me sostiene, me ve fijamente buscando algo en mis ojos, los abro y sostengo la mirada, quiero dormir, que me lleven dentro, no quiero salir, hay ruido, frío, dolor y llanto, mucho llanto al tiempo que mi madre decía: es mi sexta gota derramada.

—Hora y fecha de nacimiento: 6 de la tarde, lunes 11 de agosto de 1960, sexto producto vivo— dictó el médico.



2.1 Sentimientos de medianoche

Natalia Esqueda Haros, 2018

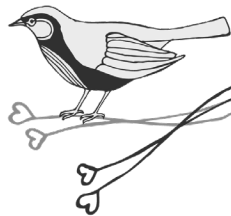
Perdición

¿Qué se siente cuando no conoces el amor?

¿Qué sentir? Cuando lo único que siento es nada

¿Qué hacer? Cuando todo lo que siento lo conozco

¿Qué conocer? Cuando todo lo que hago es el amor, y lo único que conozco nunca existió

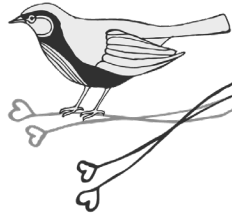


Ganas

Ojalá, quisiera
Me gustaría
Hubiera sido
Algo, hubiera sido

Lo más mínimo,
Tal vez,
No lo esperado
Pero por una vez
Hubiera sido algo

Él hubiera
Él quisiera
Y el aún deseo
Nada fuera
Pero aun sin nada,
Hubiera sido



Paz

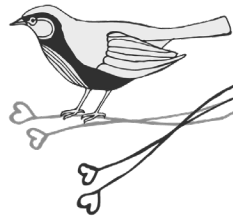
Poco a poco me ahogaba
No sabía si en sentimientos
O quizás porque no respiraba

Sentí la vida escaparse de mí
El aire salir de mi cuerpo en un instante sin fin

De pronto mi corazón se detuvo
Tal vez por un momento
Tal vez sin un apuro

Cuando ya no pude más,
Cuando todo terminó
Recordé algo que entre tanto
Se perdió

Pues con cada batalla
Y entre cada pesar,
Se me olvidó respirar



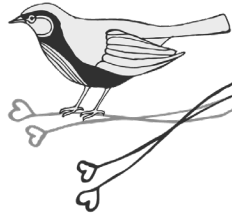
Nostalgia

Un parpadeo
Solo uno y se fue
Pasó todo, pasó rápido
Pasó sin ver

Se fue y regresaba
Regresaba siempre
Nunca faltaba

Pero faltaba que fuera
Faltaba lo que sea

Se fue y regresó
Aunque nunca volvió



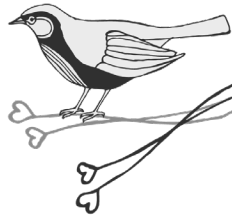
Distancia

Frente a frente
Labio a labio
Sin estar consciente

Dos cuerpos
Dos distintos
Y miles de pensamientos

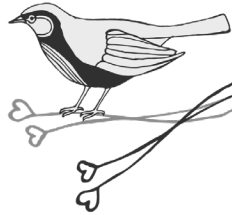
Dos corazones laten
Laten juntos, pero solo cerca
Laten solos como música muerta

Hueco el sentimiento
Lejos la consciencia
Y tan cerca la presencia



Inquietud

Nadando en impotencia
Ahogadas en desesperación
Orquídeas y hortensias
Aguantándose la respiración



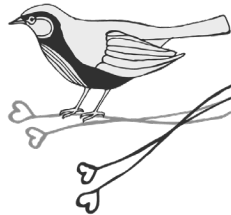
Renovación

Se sembraban con deseos,
Manos juntas y ojos apretados,
Se plantaban en anhelos

Crecían de esperanza,
Cabecitas hacia arriba y los dedos cruzados,
Acelerando ya la crianza

Nacían de desilusión
Mejillas húmedas y labios temblorosos
Llegaban a alegrar un corazón

Más que las perlas en el océano
Más que las penas y tantos dolores
¡Estaba el cielo lleno de flores!

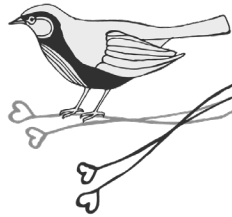


Esperanza

Algún día lo sabrá,
Los ríos que inundó
Los fuegos que incendió
Y los sueños que mató

Algún día recordará
Lo que tuvo y que perdió
Lo que hizo y que causó
Y esa soledad que alimentó

Algún día pensará
Los pesares pesarán
Las heridas se abrirán
Y algún día dolerá

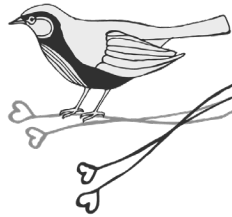


Desvanecimiento

Sin saberlo lo pensaba
Rodaba entre mi mente
Y la idea se deslavaba

Sin tenerlo lo extrañaba
El pensamiento libre
Esparcido volaba

Sin sentirlo lo tocaba
Mis ideas y pensamientos
El viento se llevaba

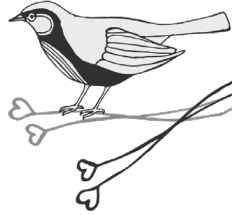


Ausencia

Almas solas e inocentes
Pisan cada nube
Buscan el camino
De aliento ausentes

Entre risas y llantos
Confundidas suben
Pequeñas guiadas por cantos

Asustadas y perdidas
Buscan la salida
Pequeñas almas concebidas

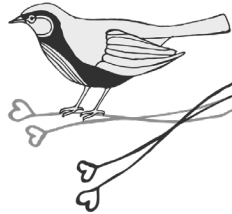


Sincronía

Rosas rojas
Lirios blancos
Magnolias bellas
Y la brisa de verano

Hortensias secas
Buganvillas aterradas
Margaritas ahogadas
Por la noche congelada

Ramos tristes
Chocolate amargo
Flores muertas como besos apagados

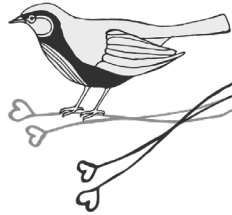


Deshora

Con las mariposas en mano
Cada cosquilleo aún intacto
Mente rodando en blanco

Las ilusiones tan vivas
Las promesas aún escritas
Juramentos grandes, caricias de mentira

Como las alas unidas y rotas
Sentía el aleteo muerto de cada pequeña mariposa

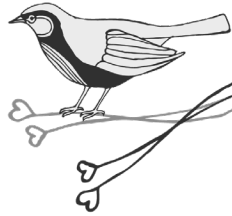


Vacío

Bajo un cielo claro
Terremotos en mi cuerpo aparecían
Sobre un suelo tan firme
Y las olas de mis ojos crecían

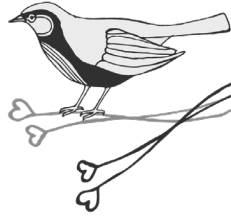
Mirando alrededor
Notando de todos, ausencia
Pudriendo mi corazón en dolor
Lamentando mi impotencia

Culpándome solo a mí
Perdiéndome en la culpa de cada errónea decisión
He por fin dejado de sentir



Pasión

¿Qué hay en el romance que no encuentro en ninguna parte?
¿Qué habrá en los latidos que nos tiene tan perdidos?
Será la soledad, la llama que nos mantiene escondidos



Navarro Gómez, Susana María

Eiya. La imaginación tiene alas / Susana María Navarro Gómez.

88 p. cm.

1. Poesía mexicana – Siglo XXI

2. Cuentos mexicanos – Siglo XXI

3. Poesía mexicana – Antologías

4. Cuentos mexicanos – Antologías

I. Creación literaria del Tecnológico de Monterrey, Campus Obregón

LC: PQ7256 Dewey: 861

Editorial Digital del Tecnológico de Monterrey

Gerardo Isaac Campos Flores. Director de Efectividad Institucional del Tecnológico de Monterrey

Alejandra González Barranco. Líder de Editorial Digital.

Elizabeth López Corolla. Coordinadora editorial.

Innovación y diseño para la enseñanza y el aprendizaje.

Noemí Villarreal Rodríguez. Coordinación de proyectos institucionales y empresariales.

Jesús Alejandro Rocha Gámez. Administración de proyecto.

María Isabel Zendejas Morales. Diseño Editorial.

Gustavo Arteaga Mondragón. Diseño Editorial.

eBook editado, diseñado, publicado y distribuido por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Editorial: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64849 | Monterrey, Nuevo León | México.

Eiya. La imaginación tiene alas.

ISBN Obra Independiente:

Primera edición: noviembre 2019.